

Carlos Bernardo González Pecotche
RAUMSOL



EL ESPÍRITU

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

El mensaje que la Logosofía trae al hombre se define en el propósito de hacerle comprender que su existencia transcurre en permanente desconexión con su propio espíritu y que, en consecuencia, sólo disfruta de su «experiencia personal» en el breve transcurso de su existencia física.

Cuando el espíritu reine en cada hombre, cuando deje de ser un mito o un ente abstracto para convertirse en una presencia viva de su existir humano, todo cambiará fundamentalmente para su bien en el seno de la especie. Sólo entonces el hombre podrá captar y realizar su gran cometido con plena conciencia de su responsabilidad ante Dios y ante sí mismo.

ISBN 978-987-24055-8-8



9 789872 405588

www.logosofia.org



Carlos Bernardo González Pecotche, también conocido como Raumsol, consagró su vida a la realización de la obra logosófica en pro de la superación humana. Creó una ciencia, la Logosofía, e instituyó un método único en su género.

Nació en Buenos Aires, el 11 de agosto de 1901. Su espíritu reaccionó muy pronto contra la rutina de los conocimientos y sistemas usados para la formación de la cultura, por su falta de conexión con lo interno, y, tras profundas investigaciones, guiado por una original concepción, halló la veta de trascendentales conocimientos. Con ellos, cuya virtud constructiva es innegable, ensayó en los primeros tiempos de su obra el método que se consagraría luego por su propia eficacia.

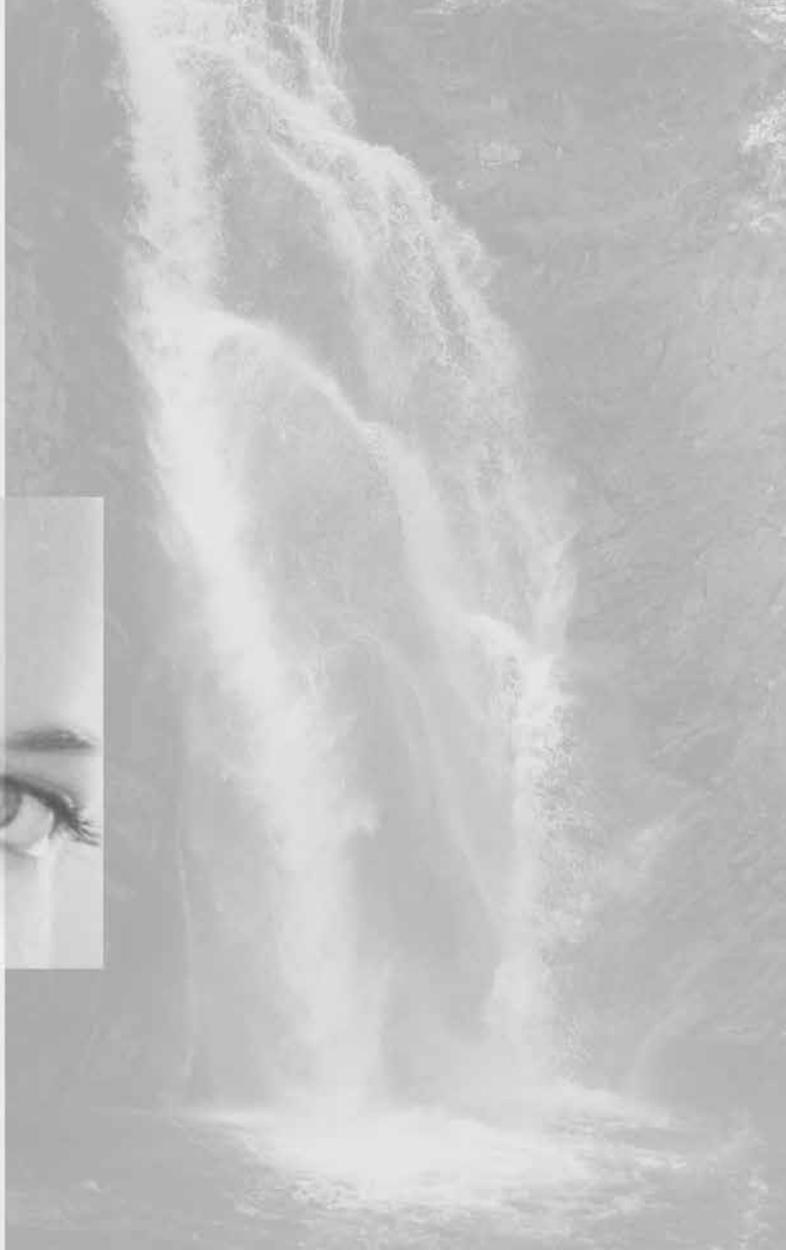
En el año 1930 fundó la primitiva «Escuela de Logosofía» en la ciudad de Córdoba, que funciona en la actualidad con el nombre de Funda-

ción Logosófica. Paralelamente al desarrollo de la labor directa sobre sus discípulos, el movimiento logosófico dirigido por él fue cobrando año tras año mayor impulso, contándose en la actualidad con importantes centros de cultura destinados a practicar y difundir la nueva ciencia, en la seguridad de poner al alcance del hombre un medio extraordinariamente real y efectivo de alcanzar el conocimiento de sí mismo y penetrar en las honduras de los arcanos de la vida humana y universal.

Publicó libros en diversos géneros literarios, así como revistas y periódicos dedicados a explicar y difundir los conocimientos logosóficos. Escribió artículos y ensayos para la prensa de varios países, pronunció más de un millar de conferencias y mantuvo un intenso contacto epistolar con estudiosos de la Logosofía de todo el mundo y personalidades de la cultura de América y Europa.

En 1962 creó la primera Escuela Primaria Logosófica, en la ciudad de Montevideo, con una nueva propuesta pedagógica para la educación de la infancia y adolescencia.

González Pecotche falleció el 4 de abril de 1963, después de realizar durante casi 33 años una labor fecunda, que le ha permitido ofrecer al mundo el testimonio vivo de los resultados obtenidos por la Logosofía.



Buenos Aires • Argentina
4ta. Edición

González Pecotche, Carlos Bernardo
El espíritu. - 4a ed. - Buenos Aires:
Fund. Logosófica, 2010.
200 p.; 22x15 cm.

ISBN 978-987-24055-8-8

I. Logosofía. I. Título
CDD 299.935

Queda hecho el depósito de ley 11.723
y reservados los derechos de autor.
©2010 Editorial Logosófica

ISBN 978-987-24055-8-8
Impreso en Argentina

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

de la Fundación Logosófica de Argentina
Av. Coronel Díaz 1774 - 5° Piso
(C1425DQP) Ciudad de Buenos Aires • Argentina
Tel./Fax: (54 11) 4824-4383 / 4822-1238 int. 112
info@editoriallogosofica.com.ar

www.editoriallogosofica.com.ar

Este libro se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2010
En Verlap SA - Comandante Spurr 653 - Avellaneda - Buenos Aires - Argentina

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la Editorial.

A black and white photograph of a waterfall cascading down a rocky ledge, creating a misty spray at the bottom. The image is partially obscured by a vertical white bar on the left side.

EL ESPÍRITU

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

ÚLTIMAS PUBLICACIONES DEL AUTOR

- Intermedio Logosófico (1º Ed. 1950) (1)
- Introducción al Conocimiento Logosófico (1º Ed. 1951) (1) (2)
- Diálogos (1º Ed. 1952) (1)
- Exégesis Logosófica (1º Ed. 1956) (1) (2) (3)
- El Mecanismo de la Vida Consciente (1º Ed. 1956) (1) (2) (3) (4)
- La Herencia de Sí Mismo (1º Ed. 1957) (1) (2) (3)
- Logosofía. Ciencia y Método (1º Ed. 1957) (1) (2) (3) (5)
- El Señor de Sándara (1º Ed. 1959) (1)
- Deficiencias y Propensiones del Ser Humano (1º Ed. 1962) (1) (2) (3)
- Curso de Iniciación Logosófica (1º Ed. 1963) (1) (2) (3) (4)
- Bases para tu Conducta (1º Ed. 1965 Obra Póstuma) (1) (2) (3) (4) (6) (7)
- El Espíritu (1º Ed. 1968 Obra Póstuma) (1) (2) (3) (8)

(1) En Portugués

(2) En Inglés

(3) En Francés

(4) En Italiano

(5) En Alemán

(6) En Catalán

(7) En Esperanto

(8) En Hebreo

ADVERTENCIA

No escapará a quienes lean este libro que su contenido forma parte de un plan concebido por la sabiduría logosófica para que el ser humano penetre triunfalmente en los arcanos de su existencia y descubra la verdad, incontrovertible e inobjetable, de cuanto le interesa conocer sobre sí mismo y el mundo metafísico.

Sabido es que no hay peor enemigo de la libertad de pensar que las propias limitaciones, y limitaciones son, en particular, los prejuicios y el temor proveniente de ideas inculcadas, que impiden el libre razonamiento y ahogan todo impulso del sentir, ansioso siempre de mayor holgura para los nobles reclamos del corazón.

Felizmente son muchas las personas dispuestas a ejercer el derecho inalienable de ser dueños y señores de su voluntad, de su inteligencia y de su sensibilidad; en una palabra, dueños de disponer de su vida y de

mantener bajo la dependencia única y exclusiva de sí mismos el propio destino.

EL ESPÍRITU, como todos los libros logosóficos, ha de leerse con ánimo de encontrar en meditadas lecturas, conocimientos que amplían y enriquecen la vida. Y esto ha de cumplirse con clara noción de la importancia que tal indicación reviste.

Finalmente destacamos que los vocablos de fondo utilizados en este libro representan contenidos logosóficos que difieren de los que están en uso. Sugerimos pues buscar en nuestra bibliografía la acepción que acordamos a los mismos; por ejemplo, al mencionar el término «consciente», se entenderá que nos referimos al estado de plenitud que infunde un nuevo y vibrante fulgor en la vida.

Comúnmente se piensa y actúa en virtud de un rápido proceso mental que se verifica en las inmediaciones de la conciencia. Sin embargo, nadie podría decir que es consciente en todos los instantes de su vida, y en especial modo en lo que atañe a su evolución y destino.

La Logosofía ha expresado que la conciencia es la esencia viva de los conocimientos que la integran, lo cual da idea de que cuantos más conocimientos asimila, mayor es la actitud consciente del individuo. Mas esto

no llega nunca a motivar el funcionamiento pleno de la conciencia, que se logra cuando ésta se nutre con conocimientos que resguardan el proceso de evolución consciente, el cual, realizado bajo el control de la auto-observación, nos advierte sobre la diferencia que existe entre el contenido común del vocablo «consciente» y el logosófico.

El hombre debe ser consciente de los cambios favorables que experimenta día tras día su propio contenido moral, psicológico y espiritual, como del aumento de su capacidad consciente para comprender que puede ampliar indefinidamente su vida.

INTRODUCCIÓN

Desde los albores del mundo la vida del hombre ha sido un tránsito continuo entre la ignorancia y el saber regulado por el desenvolvimiento progresivo de las funciones de su entendimiento, lo que lo llevó a realizar inusitados esfuerzos para liberarse de lo primero y alcanzar lo segundo, en buena parte concretados por las vías técnica y científica lo mismo que por el arte. No obstante, hubo zonas de su mente que han permanecido ajenas a ese desarrollo evolutivo. Nos estamos refiriendo a las zonas que abarcan: 1º) el conocimiento de sí mismo; 2º) el conocimiento del mundo metafísico o trascendente; 3º) el conocimiento de Dios.

Esas zonas mentales, convertidas por su inacción en fronteras que limitan el entendimiento,

se le hicieron cada vez más infranqueables por su pretensión de trasponerlas dirigiendo sin variar su atención hacia lo externo. Fue así como reiteradamente intentó ver, estudiar y descubrir en sus semejantes las causas que le revelaran su origen, el porqué de su aparición en la tierra, su misión y, finalmente, su futuro extraterreno, o sea la supervivencia de su entidad anímica. No pudo comprender —pues nadie le brindó ese gran conocimiento— que tan maravilloso misterio debe sorprenderse en las honduras del propio ser interno, por ser allí, no en otra parte, donde el hombre alcanzará el ansiado instante de encontrarse con su espíritu y recibir de él el inmenso bien representado por el despertar a una realidad que supera todo lo intuido.

Para el que ha permanecido ajeno al conocimiento de su naturaleza espiritual resulta difícil darse cuenta de que es ahí donde hallará la explicación de múltiples hechos incomprensidos, tanto de su propia vida como de la vida de sus semejantes. Sólo ahora, al asumir la conciencia de esa realidad, tal como la Logosofía la descubre al entendimiento humano, puede el hombre surgir

ante sí mismo con plenitud de conocimiento y afirmarse en el dominio consciente de su existencia. Apreciará con asombro por qué ciertos sectores importantes de la humanidad caen en el error al ser guiados por los tortuosos caminos de la fantasía, inventada para ligarlos a creencias oscurantistas.

El hombre no puede enajenar la libertad de su espíritu so pena de frustrar su evolución y perder su individualidad. Debe entonces preservar esa libertad de todo riesgo; y lo conseguirá si efectúa la unión con su espíritu mediante el proceso de evolución consciente que prescribe y enseña a realizar la ciencia logosófica.

Nuestra concepción del espíritu comienza por explicar cuál es su esencia y su realidad precisa e inobjetable, cómo es su influjo sobre el ser que anima, cuál su prerrogativa, su posibilidad de manifestación y, finalmente, su verdadera misión aquí, en este gran campo experimental que es el mundo. Pero su explicación requiere un verdadero esfuerzo didáctico, del que no debe escapar ningún detalle concreto, máxime si quiere llevarse el entendimiento hacia los dominios de una práctica

amplia y tenaz, con el objeto de comprender sin equívocos los vastos alcances de un conocimiento de tal magnitud como el que abarca la concepción integral del espíritu.

Ello requiere su tiempo, naturalmente. Lo hacemos notar por la tendencia a querer saberlo todo de golpe, por simple lectura o repaso de la verdad, enunciada y fundada en hechos categóricos. El conocimiento del propio espíritu exige antes que nada seriedad, meditaciones serenas, análisis continuados y prolijos de sus fugaces intervenciones y atención constante para sorprenderlo cuando usa de nuestras facultades. Ejemplos concretos de esas fugaces intervenciones tuyas los tenemos toda vez que acuden a nuestra mente pensamientos estimables cuyo concurso no esperábamos, o cuando brotan del acto de pensar ideas luminosas que asombran al propio juicio.

En este orden de estudios no deben existir, pues, apresuramientos ni descuidos, invariablemente perjudiciales a la buena marcha de las investigaciones, que han de culminar en la indefectible y ansiada comprobación acerca de la auténtica realidad del espíritu como potencia inteligente y dinámica de la existencia humana.

Para la generalidad —lo sabemos— es dificultoso suplantar un concepto por otro de largo arraigo en la mente y poco menos que inmodificable. Así, por ejemplo, para unos el espíritu es el alma, o el intelecto, o el centro anímico del pensamiento. Para otros es el ser incorpóreo, la razón, la sensibilidad y hasta la personalidad. Hay quienes creen todavía que el espíritu se manifiesta en los estados emocionales, sentimentales, o de alto vuelo intelectual o artístico, como prueba de que el hombre, al exaltar momentáneamente sus aficiones elevadas, concede al espíritu la prerrogativa de solazarse con tales aficiones. Lamentable error, como habrá de verse más adelante al tratar a fondo algunas circunstancias propias de las modalidades que caracterizan al espíritu. Pero debemos señalar en este punto que, no obstante la dificultad puntualizada, hemos podido apreciar con qué prontitud la obvian quienes, usando de su razón y no de la ajena, advierten la diferencia sustancial entre el confuso concepto corriente y la concepción logosófica, clara y precisa.

Si insistimos sobre este particular es porque sabemos la distancia que separa a la mente del verdadero concepto que encierra la palabra «espíritu».

Nadie lo ha concretado porque nadie ha penetrado en los secretos de su inmanifiesta aunque no menos maravillosa realidad. Hemos dicho «inmanifiesta» porque es una verdad incuestionable que el hombre no tiene las constancias de su realidad, desde el momento que no ha experimentado los cambios que en él se producen cuando el espíritu se dispone a integrar el equipo psicofísico y participar activamente en la conducción de la vida. En realidad se lo ha ignorado o se ha hablado de él con prevención, llegándose en no pocos casos a su negación sistemática —nos referimos aquí a la ciencia— como si el espíritu fuese algo imposible de comprobar o ajeno a la investigación de esa rama del saber humano. Tampoco hacemos referencia a los millones de almas que no han traspuesto los más elementales niveles de cultura, por no tener éstas ni una remota idea de lo que es y debe representar el espíritu para cada individuo.

Si bien estamos dando importantes elementos de juicio para que cada uno se forme un concepto cabal de su espíritu, tal como debe conocerlo y sentirlo en su manifiesta realidad, debemos advertir que ello no sucederá nunca por la simple lectura de lo que expresamos, sino por la aplicación racio-

nal y consciente de estos conocimientos al proceso interno que enseña a realizar la Logosofía, proceso mediante el cual llegan a verificarse cambios concretos y reales en la apreciación definitiva de esta verdad. Queremos subrayar con esto que se engaña ingenuamente quien pretende satisfacer su inquietud con el mero conocimiento teórico de un tema que debe asumir para la vida trascendental importancia.

C.B.G.P.

PRIMERA PARTE
EL ESPÍRITU

TRES INTERROGANTES PREVIOS

Como entidad real y activa el espíritu del hombre parece haber desaparecido del escenario de nuestras preocupaciones.

¿Por qué tantos milenios sin concretarse su verdadera función específica?

¿Qué recónditos designios oculta su gran secreto?

¿Por qué ha de permanecer indiferente el hombre a la realidad de su propio espíritu?

La Logosofía, al exponer su tesis sobre el trascendental asunto, revela el profundo sentido moral que entraña el conocimiento de la vida del espíritu.

I

**ORIGEN DE LAS INQUIETUDES
ESPIRITUALES**

Es propio del hombre inquietarse por el más allá, por su destino ultrafísico, inquietud que se agudiza de tanto en tanto por efectos de algún padecimiento o por encuentros con enigmas que la inteligencia ha buscado develar en vano. El espectro de la muerte lo aterra. Mira a su ser físico y se estremece pensando que puede perderlo, que lo perderá irremediablemente; y se ha preguntado con reiterada ansiedad si le sería posible escapar de esa imaginada vorágine que lo va llevando inexorablemente a la desintegración total de su existencia. A ese interrogante la inteligencia no responde, guarda silencio, pero internamente la inquietud se ahonda y llega a veces hasta el desasosiego.

¿Quién sino el propio espíritu promueve tales desasosiegos? ¿Quién sino él induce al hombre a buscar el saber? Pero no el saber común, que colma las exigencias de la vida corriente. Nos referimos al que enriquece la conciencia, al que trasciende la esfera vulgar del mundo para dominar en la medida de su extensión el inmenso campo mental, el metafísico, poblado por los pensamientos y las grandes ideas. En ese ámbito de incontables millones de entidades ultrafísicas es donde el espíritu individual suele captar las imágenes más valiosas, de las que hace partícipe al ente físico cuando se establece la íntima correspondencia entre ambos con miras a una plena identificación.

Podría compararse en cierto modo al ente físico con un televisor de antena. Sin ésta las imágenes resultan borrosas, pero aparecen nítidas con ella. En el caso del ente físico, nadie dejará de advertir quién hace de antena, sólo que no es fija sino móvil y, por lo tanto, de muy largo alcance; pero lo es en la medida que aumenta su capacidad receptora, o sea cuando el espíritu, escalando alturas por la evolución, domina áreas cada vez más dilatadas de la concepción universal.

Acontece que el hombre, al experimentar esas inquietudes, procura satisfacerlas sin pensar que

implican un llamado a su razón y a su sensibilidad para que sienta la necesidad de encarar su emancipación integral¹. Por esa vía logra tan sólo calmar o, mejor dicho, adormecer temporarily su voluntad, que debería ser estimulada por un firme anhelo de superación. No podemos dejar de mencionar aquí los desengaños experimentados por innumerables personas que de buena fe creyeron encontrar el medio de satisfacer sus inquietudes yendo de un lado a otro y aun acudiendo a quienes nada tienen que enseñar, salvo sus extravagantes ideas, sus fanatismos o sus ambiciones de lucro. Tanto la religión como la ciencia y la filosofía se han mantenido también al margen de estos conocimientos relativos al espíritu y, en consecuencia, no han podido orientar debidamente al creyente para superar sus dificultades.

Con los resultados a la vista, bien puede afirmarse que poco o nada se ha dicho de cierto respecto al espíritu humano; más aún, hasta el presente nadie ha encarado la cuestión con la seriedad y seguridad que requiere. Quienes tomaron

¹ La emancipación integral comprende la parte mental, moral, psíquica y espiritual que, a su vez, libera a la física de su impotencia.

a su cargo su dilucidación —por propia cuenta o por mandato de sus respectivas comunidades filosóficas o religiosas— no han podido satisfacer nunca tan legítima inquietud, por carecer, justamente, de conocimientos que les revelaran el hondo misterio que el espíritu implica para la razón del hombre.

Cuando se llega a esta conclusión el individuo se subleva contra tanta elocuencia limitatoria, convirtiéndose en resentido moral. Sin embargo, y pese a todo, sigue buscando. Sus esperanzas tardan en extinguirse y aun en medio de tanta oscuridad y desaciertos siempre confía encontrar una luz que ilumine su inteligencia.

Si el hombre hubiese sido creado únicamente de «barro», como tantas veces se ha dicho, hubiese tenido tantas inquietudes como los seres que pueblan las demás especies. Pero el constante anhelo de expresarse, de comunicarse, demuestra lo contrario, demuestra que su ser no es enteramente material, que algo superior anima su vida y le permite pensar y sentir; es como algo que no ve ni puede tocarse, mas cuya existencia sospecha, presente o intuye.

Ese ente, que articula sus movimientos en la penumbra mental a la que la inteligencia del hombre sin el auxilio de vastos conocimientos no tiene acceso por razones obvias, es su espíritu, que a medida que toma mayor injerencia en la vida que anima ilumina el ámbito interno y con ello aparece claro el porqué del origen de las inquietudes espirituales.

A pesar de su decepción, el hombre ha buscado siempre trascender las limitaciones impuestas por el mundo que le rodea, cuyas necesidades debe atender con sus propias luces, lo que no impide que, entre tanto, la vida pase y esas luces se apaguen sin haber alcanzado a alumbrar otros horizontes, aquéllos que la propia intuición tantas veces le ha hecho vislumbrar.

La Logosofía pone al descubierto infinidad de medios para conducir el pensamiento del hombre hacia las causas que lo mantienen en esa situación, mas para beneficiarse con tal descubrimiento debe éste disponerse a modificar esa costumbre, hecha carne en él, de conducirse según sus conveniencias inmediatas, sin saber a ciencia cierta qué busca ni para qué lo busca. Es un hecho cierto que unos y

otros se interrogan sin lograr sobreponerse a las vaguedades de sus propios interrogatorios.

Con gran satisfacción podemos anunciar ya la significativa trascendencia del aporte logosófico corroborado por infinidad de testimonios vivos. En efecto, la verdad logosófica interesa tan medularmente a la inteligencia y la sensibilidad de los seres que reciben nuestra palabra —hállense en la niñez, juventud o edad madura— que al instante la asimilan con fruición, por sentirla como alimento vital de la existencia.

Según manifestaciones de quienes lo han comprobado, se trata de algo que habían intuido vagamente sin haber encontrado jamás el punto de apoyo, la luz esclarecedora que satisficiese plenamente esa inquietud. Obsérvese la importancia del hecho apuntado, por ser fiel exponente del estado general que acusa gran parte de los seres humanos. ¿Qué han dicho al respecto las religiones, la filosofía y la ciencia? A juzgar por las más encontradas versiones que sobre el espíritu han dejado correr, nada en concreto fundamenta una realidad que cada individuo pueda comprobar por sí, libre de la sugestión, presión o influjo que

en no pocos casos ejercen sobre la voluntad del individuo.

Nada ha de ser más grato a los ojos de Dios que el anhelo puro, sincero y honesto de conocer la verdad. Mas para conocerla en cada una de las partes en que se subdividen los innumerables peldaños por los que se asciende hasta ella, es necesario ir desterrando todo aquello que simula ser verdad, aceptada como tal. Es justo, pues, que se prefiera ser, ante todo, leal con la propia conciencia, buscando su contacto para que la inteligencia pueda reflexionar y juzgar con entero acierto cada hecho, cada situación, cada palabra o circunstancia relacionada con el propio existir.

Innegablemente los seres humanos aman la vida; quieren vivirla aun cuando la mayoría no sabe qué hacer para vivirla bien. Corren así los días, los meses y los años como en vacío. ¿A qué se reduce, pues, el tiempo de su existencia? Otra cosa es cuando se vive con intensidad, cuando la mente se mantiene en permanente contacto con el Pensamiento Universal y se siente animada la existencia por ese pensamiento; porque la vida cobra entonces otro carácter; ya no se siente sola ni vacía. Ese vacío interno que tantos seres sienten sin saber cómo llenarlo, ha desaparecido.

Nos hemos referido antes al afán de la criatura humana por acallar los insistentes reclamos de su espíritu, manifiestos en la necesidad de inquirir, que advertimos en ella desde que nace hasta el momento de abandonar el mundo. Por propia experiencia, y sumando a ello lo observado, sabemos que aun desde pequeña, cuando recoge una respuesta que satisface sus ansias, experimenta una agradable sensación de calma; ha llenado el vacío de donde provenía su inquietud. Lo malo y perjudicial, insistimos, es cuando al avanzar en edad no logra canalizarlas convenientemente procurando reunir dentro de sí todo eso que ignora, pero cuya existencia presiente o intuye y se manifiesta en la íntima necesidad de ser más feliz de lo que es y en las ansias de alcanzar una noción más amplia de la vida. Cuántos pasos en falso se ahorraría comprendiendo tan sólo que la manifestación de tales inquietudes tiene su origen en la fuerza misma que sostiene la vida humana y reconociendo en el espíritu de cada uno al encargado de avivarlas hasta que el hombre decida ocuparse seriamente de ese llamado interno que, si bien no en todos los casos apremia, no deja por ello de gravitar sobre la vida.

Experta concedora de las causas que acicatean de continuo al hombre en su andar por el mundo, la Logosofía le ofrece la oportunidad de realizar en sí mismo esa gran operación alquímica que, a lo largo de un proceso de evolución consciente, le permite desarrollar aptitudes para controlar y regular sus aspiraciones, todo lo cual crea un estado de equilibrio propicio a las manifestaciones de su espíritu. De ahí nuestra insistencia en reclamar la atención necesaria a estos conocimientos que, por ser trascendentes, encauzan conscientemente pensamientos y acciones y confieren al espíritu la oportunidad de vivir en la tierra con prerrogativas similares a la de su ser físico.

II

EL CONOCIMIENTO TRASCENDENTE

El principio fundamental del saber trascendente establece que la gran experiencia cósmica del conocimiento desciende de lo supremo a lo humano y asciende de lo humano a lo supremo. En el dilatado espacio que media entre ambas posiciones se expande la Creación, donde palpita la vida universal, donde se promueven todos los procesos de la naturaleza y donde alienta permanentemente el Pensamiento de Dios.

Todo lo plasmado en esa maravillosa Ciencia Universal contenida en la Gran Mente Cósmica tuvo una finalidad suprema: la de ser conocida por todos los vástagos creados con inteligencia suficiente para comprenderla en la infinita diversidad

de sus partes mediante el proceso de evolución consciente que habrían de realizar. Vale decir que la Sabiduría de Dios está plasmada en la Creación, mientras que la del hombre consiste en conocerla y servirse de ella para superar las etapas evolutivas de su género.

El conocimiento trascendente desciende, pues, desde las alturas inconmensurables del cosmos hasta el hombre, quien ha de ir conociendo el Pensamiento de Dios en cada una de las manifestaciones que la Creación ofrece a su inteligencia. En el avance hacia esa meta irá recorriendo primero los valles que se le abren al paso, ascenderá luego por las partes menos escabrosas, menos empinadas, hasta escalar, una a una, cada vez con mayor seguridad y equilibrio, las grandes cumbres del conocimiento.

Mientras los conocimientos trascendentes regulan las fuerzas que colaboran en la acción de los pensamientos y de los sentimientos engrandeciendo las almas y permitiendo que se destaquen los rasgos del corazón y se manifiesten las luces de la inteligencia, los demás, los comunes, los que no son trascendentes, se ajustan a las limitaciones de la mente humana, siendo necesarios para atender la subsistencia y contribuir

a los descubrimientos que mejoran esa misma subsistencia.

El hombre piensa y siente, en la mayoría de los casos, con limitaciones, resignado a una vida indiferenciada por efectos de hábitos y costumbres; mas, si se lo propone, puede abarcar, superando esas limitaciones, zonas insospechadamente amplias, porque se habrá identificado con la vida universal, de la cual es parte.

¿Por qué busca él el conocimiento sino por intuir que es un medio para encontrar la felicidad? Porque presiente, es indudable, que son halagüeñas las perspectivas que se le abren cuando, resuelto a saltar el cerco que reduce los horizontes de su vida, logra transfundirse en otros planos donde los pensamientos cobran nuevas formas, ofrecen mayor riqueza a su entendimiento y le permiten elevarse invitándole permanentemente a avanzar. Allí, en esas regiones que el espíritu recorre con plena conciencia, el hombre siente el poder del conocimiento y es tal la sensación de grandeza que le invade, que la vida misma parecería transformarse cobrando inesperada transparencia.

Siendo la vida física un pequeño tramo de la existencia del hombre a través de las épocas, lógico es que él aspire a cubrir esos tramos exitosamen-

te, demostrando lo que puede conquistar en ellos cuando su pensamiento se une, aunque en parte, a los principios eternos que emanan de los albores de la Creación. Percibe entonces que surge de sus propias entrañas la fuerza que ha de inmortalizarlo, pues está viviendo lo eterno dentro de sí mismo, el palpitar de la vida universal; en otros términos, eleva su vida y la transforma en una potencia capaz de alumbrar la vida de otros seres que viven, como él vivió, sólo el presente, desinteresados del futuro e indiferentes a lo que significa su condición de humanos.

No lo dudemos: el hombre busca el conocimiento exigido por necesidades de su propia naturaleza que lo mueven en pos de él para alcanzar cumbres más altas, desde donde le sea posible contemplar con claridad los infinitos matices de la Creación; lo busca porque el conocimiento es el gran agente creador de las posibilidades que amplían las prerrogativas de su existencia; lo busca porque es vida nueva que se injerta en la suya, vida que respira el espíritu, quien halla en el conocimiento el camino de su liberación. Lo busca, en suma, porque es el medio por el cual llega a comprender su misión y a sentir la presencia en su vida de ese ser inmaterial que responde al influjo de la eterna

Conciencia Universal y es portador a través de los
tiempos de la existencia individual.

III

ENIGMA-GÉNESIS DE LA ASCENDENCIA DE LA ESPECIE: EL CUARTO REINO

Aun cuando el hombre intuye que su origen proviene del Pensamiento Creador de Dios, autor de su perfección arquetípica, la espiritual, por un anacronismo ilógico anda empeñado desde hace tiempo en considerarse derivación de un ente inferior: el «eslabón perdido» que determine de un modo cierto su oscura ascendencia. Sin advertir que con ello no satisfaría las íntimas aspiraciones de su espíritu, se lanzó a una larga y apasionante aventura infructuosa, ya que el verdadero eslabón, el que debía interesarle en particular, es el que enlaza al hombre con su Creador. He ahí el eslabón perdido.

Entre el hombre y el reino animal existe una diferencia tan marcada como la que aparece *in extenso* entre el reino mineral y el vegetal y entre éste y el animal. Esa diferencia está determinada por el hecho de que aun los representantes más avanzados del reino animal no tienen espíritu. El instinto cobra en el animal formas inteligentes y sensibles que se evidencian conforme a los rasgos que caracterizan cada especie. Carece de verdadera sensibilidad, pues en él no existe el sufrimiento o dolor moral. Su dolor es instintivo, como en los casos en que se le retiran a las hembras sus crías o cuando muestra su apego a los amos desaparecidos. Por consiguiente, lo que resalta más la diferencia y superioridad absoluta del hombre respecto al animal es, como dijimos antes, su espíritu, con las prerrogativas inherentes al mismo.

En vano se ha considerado la existencia prehistórica del *antropopiteco* o *pitecántropo* y, últimamente, el *telántropo*, como posibles antecesores o eslabones perdidos de la familia humana¹. Lamentable error por parte de los hombres de ciencia, quienes en lugar de llevar la investigación

dentro de sí mismos y descubrir en sus espíritus el enigmagénesis de la ascendencia de nuestra especie, se obstinan en buscar en especies inferiores una conexión, un eslabón innecesario para comprender, o intuir al menos, el verdadero origen del hombre.

La ciencia logosófica desecha esa teoría por considerarla estéril y, sin detenerse ante la afanosa búsqueda del hombre por arrancar al misterio que custodia su pasado los secretos de su origen, abre una nueva vía de investigación y lo invita a internarse en ella, en conquista ascendente, para entregarlo un día a las manos de Dios.

Posiblemente la Filogenia partió de ese error o lo cometió impensadamente cuando sus representantes incluyeron al congénere humano en el reino animal; es decir, que el científico, hombre al fin, se incluyó a sí mismo como parte integrante de la escala zoológica.

La Logosofía ha jerarquizado al hombre al proclamar el cuarto reino, virtualmente diferente de los demás. Su constitución psíquica, con sus ponderables sistemas mental¹, sensible² e instintivo³ y, por si ello no bastara, las excelencias de su

¹ **Sistema mental:** Compuesto por dos mentes: la superior y la inferior, ambas de igual constitución, pero diferentes en su funcionamiento y en sus prerrogativas.

espíritu, del que carece toda otra criatura viviente de reinos inferiores, ubican al hombre, con justicia indiscutible, en un reino aparte y superior que hemos llamado «humano».

La primera está reservada al espíritu, que usa de ella al despertar la conciencia a la realidad que la conecta con el mundo trascendente o metafísico. El destino de la segunda es la atención de las necesidades de orden material del ente físico o alma, y en sus actividades puede intervenir la conciencia. Las dos mentes, la superior y la inferior, tienen exactamente el mismo mecanismo, constituido por las facultades de pensar, de razonar, de juzgar, de intuir, de entender, de observar, de imaginar, de recordar, de predecir, etc., las que son asistidas en sus actividades por otras facultades que llamaremos accesorias y que tienen por función discernir, reflexionar, combinar, concebir, etc. Todas las facultades forman la inteligencia. La Logosofía ha denominado a esta última **facultad cumbre** porque abarca a todas en conjunto. (*Logosofía. Ciencia y método*, pág. 43.)

² **Sistema sensible:** Se configura en la parte anímica del ser humano y tiene su asiento en el corazón, órgano sensible por excelencia y centro regulador de la vida psíquica del hombre. Se divide en dos campos o zonas demarcadas con exactitud. Una de ellas pertenece a la sensibilidad, integrada por las facultades de sentir, de querer, de amar, de sufrir, de compadecer, de agradecer, de consentir y de perdonar. La otra zona corresponde a los sentimientos; es el espacio dimensional donde éstos nacen, viven y operan. (*Logosofía. Ciencia y método*, pág. 71.)

³ **Sistema instintivo:** Constituido en sistema, el instinto configura una de las tres partes en que se dividen las energías psicológicas del individuo, correspondiendo las dos restantes a los sistemas mental y sensible. Fuera de la función generativa específica, el instinto se caracteriza por las manifestaciones ardientes que su actividad desata siempre en la naturaleza humana. Al ponerse en contacto con las energías mentales

EL ESPÍRITU

y sensibles conscientemente activadas, las energías del instinto son aprovechadas con grandes resultados en el propio perfeccionamiento, puesto que contribuyen a robustecer las fuerzas del espíritu colaborando en la realización de los sucesivos cometidos que impone el proceso de superación. (*Logosofía. Ciencia y método*, pág. 79.)

IV

CONCEPCIÓN LOGOSÓFICA DE DIOS

Para el pensamiento logosófico Dios es la inmensidad, lo eterno; es la Suprema Ciencia de la Sabiduría, que la mente humana puede descubrir en cada uno de los procesos del universo estampados en la naturaleza, procesos exactos, ciencia pura, perfecta, en la que se inspira el hombre para crear «su» ciencia.

El Pensamiento de Dios se manifiesta en la Creación, dentro de cuyas entrañas palpita el amor que puso en ella y cuyo poder la sostiene. Es el suyo un amor que está por encima de todos los amores y se revela en todo lo que existe; un amor que anima la vida en la universalidad de sus manifestaciones, que no muere nunca, que jamás engaña; un amor

que surge del fondo mismo de la naturaleza para alentarnos, impulsarnos y conmovernos ante la inmanencia de todo lo que nos es dado contemplar en el universo. Con ese mismo amor plasmó también a la criatura humana y le confirió el privilegio de presentarle un día, como una ofrenda, las grandes realizaciones que habrán de hacer de su vida, de esa vida que le entregó para que la viviera y disfrutase, algo útil tanto para sí como para sus semejantes.

La Logosofía ubica a Dios en el sitio más elevado, allá donde jamás podrá ascender la necesidad de los hombres empeñados en encapsularlo en la estrechez de sus concepciones mentales. Proclama la existencia de un Dios Universal que une a los hombres en una sola y única religión; la religión del conocimiento, medio por el cual se llega a Él, se le comprende, se le siente y se le ama; jamás por la ignorancia.

Sabido es que el hombre buscó siempre su vinculación metafísica con Dios; de ahí el origen de las religiones, de las filosofías y de todos los ritos y cultos antiguos y modernos. Siempre intuyó que, por encima de lo físico, existía igualmente una grandeza impenetrable, lo que lo impulsó a recorrer infinidad de caminos, siempre tras la cla-

ve que lo acercase a Él. Lamentablemente debió conformarse con la fe, que, cuando no es fruto de convicciones profundas surgidas a la luz del conocimiento, fomenta el fanatismo, que hace de todo punto imposible la vinculación del espíritu humano con el Gran Espíritu Universal.

No encuadra en la concepción logosófica el que la criatura humana pueda encerrar a Dios en una estatua, en una casa, un país, un continente, un planeta o aun en el universo entero, pues estima que todo resultará limitado y estrecho para las dimensiones de su Excelsa Imagen, inabarcable por la mente humana. En cambio es amplia en reconocer, y harto se justifica, que todos, hasta el más ateo, procuran saber de Él. ¿Por qué si no la mente del hombre inquiere de continuo, yendo de un punto a otro, aun sin mayor conciencia de los motivos de su ansiedad? ¿No se lo busca a Dios en los momentos de aflicción y toda vez que se hace difícil la marcha por el mundo? ¿No se lo busca en las religiones, no se investiga, no se ahonda con ese objeto en libros antiguos, no se introduce el hombre en los laberintos de las pirámides y no procura indagar la vida de otros

mundos en los espacios siderales? ¿No se atormenta cuando, creyendo haberlo encontrado, su conciencia se mantiene remisa en otorgarle la seguridad del hallazgo?

Hemos ido conociendo a lo largo de la historia la evolución de las especies, el maravilloso desplazamiento de los astros, los diferentes períodos que ordenan el progresivo avance del género humano a través de las épocas, siguiendo los procesos de desenvolvimiento que obedecen a los dictados de la Inteligencia Suprema, cuyo poder abarca los confines de la Creación. Si tenemos en cuenta que Dios ha diferenciado al hombre de los demás seres terráqueos y le ha conferido posibilidades ilimitadas de jerarquizarse anímica y espiritualmente, pensemos que de ese proceso inconsciente que cumple sin verificación individual de los aciertos o desaciertos producidos en su conducta con respecto a los altos fines de su existencia, puede pasar, sólo con proponérselo, a la vinculación consciente con el Creador, todo ello por medio del conocimiento de sí mismo, que al permitirle abarcar gradualmente la divina arquitectura de su mundo interno, le otorga al par la gracia de ir conociendo a Dios. Por eso no nos cansaremos de repetir que el conocimiento

más extraordinario, el más grande que se puede poseer, es, primordial y fundamentalmente, el conocimiento de esa criatura humana que es el mismo ser. Su estudio pone de relieve la creación más maravillosa, el hombre mismo, plasmado a imagen de la Creación.

Viene al caso preguntar cuál habría sido el objeto perseguido por Dios al poner en el mundo una raza de seres inteligentemente dotados que lo ignorasen y viviesen al margen de la Creación Universal. ¿Puede por un instante pensarse que Él realizaría tan estupendo acto de Su Voluntad para que el hombre, a quien dio facultades anímicas y espirituales de extraordinarios alcances, se conforme tan sólo con deambular por el mundo, ajeno a los elevados fines de su existencia? No, ciertamente. Es necesario comprender entonces que el hombre debe aprender a conocer a Dios para amarle de verdad; a conocer sus leyes para no infringirlas; a conformar su conducta con los supremos dictados de Su Voluntad, para que Su Gran Espíritu le auxilie a través del largo proceso evolutivo que debe cumplir en el transcurso de los tiempos.

Dios tiene su altar en el seno de la Creación, y lo tiene también en cada corazón humano. En el primero ofician las potencias cósmicas; en el se-

gundo, la conciencia individual. Allí, en ese altar, el alma formula sus interrogantes, disipa sus dudas, percibe la presencia del espíritu y determina niveles cada vez más altos para sus comportamientos. Allí se inclina en dulce arrobamiento, llena de gratitud, hasta alcanzar el éxtasis, expresión de las emociones más íntimas y felices, porque, ¿qué es el éxtasis sino la exaltación de la felicidad en instantes de supremo equilibrio psíquico, cuando pensamiento y sentimiento se funden en una sola llama, viva y potente, en tanto la conciencia regula la fuerza de la expansión interna?

El espíritu de Dios es la Suprema Expresión Cósmica porque en ella vibra la energía universal. Se manifiesta al hombre en la inmanencia de su propia naturaleza, en la inviolabilidad de sus leyes y en su inteligencia, que anima y sostiene la perennidad de la Creación.

V

EL MUNDO METAFÍSICO

Mucho se ha hablado del cielo, al que se lo describe con tonalidades maravillosas y se lo destina para los bienaventurados; mas, ¿puede servir de algo un sitio que nadie conoce ni conoció jamás y del que no se tiene ninguna referencia cierta?

Como respuesta a esa actitud inquisitiva de la criatura humana que la mueve a indagar más allá de lo perceptible a sus sentidos corporales, Logosofía pone a su alcance no sólo un cielo diferente, sino que la apresta para internarse en él sin extraviarse nunca. Ese cielo es el mundo metafísico.

Tácitamente nos referimos al proceso de evolución consciente, que al introducir al hombre en los

dominios de su propio mundo interno le permite familiarizarse desde un comienzo con el influjo del mundo metafísico o trascendente, ámbito natural de las ideas, de los pensamientos y de la energía supremos que palpitan en el existir de toda la Creación. A tal efecto lo ilustra convenientemente y le ofrece un cúmulo de sugerencias que lo orientan a través de un recorrido en extremo interesante, que comienza en las intimidades de su ser y se proyecta con amplitud hacia lo infinito.

La introducción en el mundo interno individual permite su conexión con el mundo metafísico. Ambos configuran una unidad inseparable a la que debe adaptarse el hombre ubicándose dentro de ella y buscando recursos para consolidarla en la única parte donde puede hallarlos: en el conocimiento de sí mismo, medio por el cual toma conciencia de lo que es, de lo que posee, de lo que puede y debe ser, y conoce las bondades del mundo metafísico, cuyas bellezas habrá de admirar con creciente asombro. El conocimiento de sí mismo es, pues, el conocimiento que el alma aspira a alcanzar de su propio espíritu; es la vía conducente al encuentro y conexión con el mundo metafísico,

lo que en absoluto constituye una utopía, antes bien una realidad tanto más verificable cuanto más fecundo es el esfuerzo del hombre por superar sus actuaciones en todos los órdenes de la vida.

El acceso al mundo metafísico, inexplorado por el hombre pese a sus intentos y a las múltiples hipótesis aventuradas con respecto al mismo, determina el paso progresivo de la herencia del espíritu a manos del individuo. En otros términos, implica la identificación de la entidad física o alma con el espíritu y, lógicamente, un avance considerable en el proceso de evolución consciente.

Reiteramos que el conocimiento del mundo metafísico comienza, imprescindiblemente, con el conocimiento de sí mismo, por estar ambos mundos, el interno del ser y el metafísico, indisolublemente ligados. Viene al caso destacar la función imponderable del espíritu como conductor hacia ese mundo de las grandes ideas, donde reina permanentemente el Pensamiento de Dios. De ahí que la Logosofía haya señalado al espíritu como el eslabón que une al hombre con su Creador. Se habrá observado que estamos internándonos en los secretos de un enigma hasta

hoy indescifrable para el entendimiento humano, y que lo hacemos con la misma claridad con que exponemos siempre nuestro pensamiento.

Pensamos también haber dejado en claro que el conocimiento del mundo interno lleva al conocimiento del mundo metafísico, al par que confiere la prerrogativa de conocer el propio espíritu, que es quien nos introducirá en él.

Habrà que concebir al mundo metafísico con la misma realidad con que concebimos al físico, y marchar a su encuentro no sólo por los bienes que depara sino, y en gran parte, por las energías que el aspirante al saber genera con su propio esfuerzo mientras se va elevando. Al hacerlo se tendrá en cuenta que, próxima a él, plasmada por las mismas leyes supremas, existe una zona subyacente en la que corren el riesgo de extraviarse quienes pretenden conocerlo sin haber frenado antes los caprichosos vuelos de la fantasía. Es la zona de la ilusión, la zona quimérica, de donde proviene la temeraria confusión en torno al mundo metafísico; la valla que se alza al paso de los que no se han amparado en las leyes del conocimiento para internarse en él.

Se ha visto a través de la historia que siempre ha sido el conocimiento lo que permitió a los

hombres superar las etapas cumplidas por cada civilización y dejar como tributo al progreso humano la develación de no pocos misterios. Toca a los hombres de hoy calar más hondo aún, bucear no sólo en las inexploradas simas del cosmos, sino también en las honduras del mundo mental, para extraer de allí los elementos vivos que enriquecen el espíritu. Explorador de esas profundidades verá brillar el hombre la luz de los misterios acerca de su origen, se le revelarán en todo su esplendor los enigmas aún indescifrables sobre la mente humana y revivirán en él las esperanzas semidesvanecidas de un destino mejor.

Quien a ello se disponga tenga en cuenta que el mundo mental o metafísico no es accesible al alma. La naturaleza de ésta no es sutil e incorpórea como la del espíritu, dotado para franquear las puertas de ese mundo, incorpóreo también. Podrá el alma participar de los bienes que se prodigan en él, podrá ser receptora de todas las nociones que le transmita el espíritu, pero ella, por su sola cuenta, nunca tendrá acceso. Antes debe propiciar en el ser la intervención del espíritu, quien por ley de correspondencia le permitirá, cada vez con mayor amplitud, participar de las altas concepciones del

mundo trascendente, o sea de su mundo, el del espíritu.

El hombre suele ubicar lo divino en planos excelsos, mientras permanece en las tinieblas de una voluntaria reclusión moral y espiritual. Ello sería admisible si no tuviera espíritu y si no se reflejaran más de una vez en su mente los signos inequívocos de una superioridad limítrofe con las regiones donde supone que solamente existe lo divino. Sin embargo, admitir que lo divino está más allá de las posibilidades humanas, admitir su condición de inaccesible, sería negar la capacidad y la jerarquía a las grandes almas.

La Sabiduría de Dios ha dispuesto que las verdades que conectan al hombre con su espíritu permanezcan encerradas dentro de su ser. Ahí se hallan en espera de que las descubra, para lo cual debe internarse dentro de sí mismo y conocer, desde allí, el mundo metafísico, causa y origen de todo cuanto existe.

VI

EL HOMBRE Y SUS DOS NATURALEZAS

Cuando Dios creó al hombre terrenal su concepción fue perfecta, como no podía serlo de otra manera. Lo hizo superior a todo otro ser viviente sobre la tierra y, por lo tanto, le concedió la gracia de poseer dos naturalezas: la física y la espiritual. Esto explica con sobrado fundamento la supervivencia del espíritu humano, ya que al cesar la vida física permanece la espiritual formada con los elementos eternos constitutivos de la existencia.

La naturaleza física, dotada de un perfecto organismo con función automática y permanente al margen de la voluntad, con aparatos y sistemas biológicos que actúan y se comunican entre sí

maravillosamente y un mecanismo psicológico que se resume en el alma, ha cumplido y seguirá cumpliendo su cometido humano dentro de las necesidades, limitaciones y perspectivas que incumben a la vida del hombre, a quien alguien llamó un poco prematuramente «rey de la creación». Y decimos alguien, porque a nadie consta la veracidad de esta versión que le concede tan alto rango sin los necesarios merecimientos. En esa naturaleza física, que constituye la base material de la existencia humana, quedó plasmada una parte ponderable de su altísima concepción, dando lugar a su género como criatura superior; mas esa parte, con su admirable organización biológica, sólo tiene por fin articular la vida sobre la base de necesidades y perspectivas materiales.

Se entenderá por lo dicho que la naturaleza física es perecedera, y lo es en virtud de su corruptibilidad, que culmina con su desintegración, hecho que, debemos señalar, no ocurre con el espíritu por ser inmutable su naturaleza. Pero los cambios evolutivos que eslabonan la perpetuidad no se producen en ella sino en la célula hereditaria, sustancia mental, básica y eminentemente sensible, que va forjando el destino individual de cada hombre.

La naturaleza espiritual del hombre, o sea la que corresponde a su espíritu, se diferencia pues de la física en que es incorpórea e imperecedera. El ser humano debe comprender que todos sus esfuerzos han de encaminarse hacia el predominio en él de su naturaleza espiritual para experimentar en su conciencia la sensación cabal de la perennidad.

Llegará así a la consubstanciación de ambas naturalezas, la física y la espiritual, o sea a la conjunción armónica de dos organismos diferentemente constituidos: uno de pura esencia mental, superior; otro físico, inferior, supeditado a la influencia del primero, mas sin que su predominio altere, como podría suponerse, sus manifestaciones psicobiológicas normales; por lo contrario, la parte espiritual es factor equilibrante entre ambas, creadas para que se complementen en forma admirable. Se apreciará la importancia de conocer esta dualidad constitutiva de la estructura humana, cuyo mecanismo es factible de articularse y gravitar con resultados insospechados sobre la vida del individuo.

¿Cómo articularlo? He aquí la gran pregunta. Por supuesto, no habrá de serlo en virtud de algún mi-

lagro o gracia especial que lo conceda. El hombre debe aprender a organizar su vida para perpetuarse dentro de su propia conciencia, por ser ella la que le permite experimentar la sensación inefable de ser y de existir y la que concentra en la célula hereditaria o genésica la síntesis perfecta de cuanto realizó durante la vida. Todas las conquistas en pro del perfeccionamiento quedan allí impresas, lo cual contribuye a la perpetuidad de la herencia y configura la verdadera identidad del ser, bien de su exclusiva pertenencia en el que está calcada hasta su propia fisonomía.

La célula hereditaria o genésica es, pues, la portadora de la herencia espiritual de cada individuo. En ella se resumen los valores intelectuales, morales y espirituales que el hombre incorpora en cada una de las etapas de vida humana a través de su largo existir y asimismo todo lo que en su desfavor haya hecho durante esos períodos de vida. El espíritu individual es el depositario de esa herencia de la que el hombre dispone a voluntad en cada etapa existencial, disfrutando, según el curso que resuelva dar a su vida, de los adelantos alcanzados, o haciéndose cargo de la rémora que lo detuvo y entretuvo. Recogida

y custodiada siempre por el espíritu, la célula hereditaria avanza a través de las generaciones, pero permanece en secreto para el hombre hasta tanto éste descubra, mediante el reencuentro con su propio espíritu, los valores del patrimonio individual acumulado a lo largo de su existencia.

Como el espíritu es el único depositario de nuestros bienes duraderos y razón de ser de nuestra existencia consciente, mantenida intacta en su individualidad esencial a través de todos los ciclos de su recorrido, no será difícil comprender cuán necesario es que el ente físico o alma se acostumbre a sentir el influjo de su naturaleza espiritual exactamente como experimenta el de su naturaleza psicobiológica, es decir, como un imperativo ineludible. Pronto se verá que tan real es una como otra y que, familiarizado con la primera, el hombre encuentra despejada la incógnita de su misteriosa conformación biopsicoespiritual.

Conciernen a los dominios del espíritu y le son consubstanciales los sistemas mental y sensible del individuo, sus pensamientos e ideas, sus percepciones y toda expresión puesta de manifiesto por el ente físico en su faz psíquica, caracterizada por el alma.

Jamás se incurrirá en exceso al llamar la atención sobre esa admirable creación que es el hombre mismo. Pese a que con tanta frecuencia parecería querer desmentirlo con su desaliñada conducta, fue creado sin omitir uno solo de los detalles que hacen de él un ser apto para encarar con éxito la gran experiencia que lo interna en los dominios de la evolución consciente.

La Logosofía pone al alcance de su inteligencia los conocimientos trascendentes, que son justamente los que lo introducen en esa zona tan poco transitada accesible sólo al espíritu, y estimula permanentemente sus ansias de perfeccionamiento, permitiéndole conquistar paso a paso grados de conciencia a tono con la realidad viviente de su espíritu. Cuando el hombre lo consigue, lleva dentro de sí no sólo el recuerdo, sino la presencia en él de todo su existir, vale decir que, consubstanciado con su espíritu, se ha consubstanciado también con su existir a través de las edades, y ya no le está vedado el conocimiento de la propia herencia.

VII

DETERMINACIÓN Y ESQUEMA DEL ALMA

Al examinar el concepto alma y la identificación que se le atribuye con espíritu hasta confundírseles en extraña sinonimia, nos vemos precisados a determinar la ubicación exacta del primero en orden a sus facultades específicas y a su conexión con el espíritu.

Alma es el ente físico en su configuración psicológica. Anima y mueve a la acción y a su desenvolvimiento a los tres sistemas, el mental, el sensible y el instintivo, pero limitando su función a las prerrogativas humanas comunes, sea en lo material, sea en lo moral e intelectual. El alma usa de la inteligencia, la sensibilidad y el instinto para todas las emergencias y cuestiones relacionadas

con el desenvolvimiento de la vida física, aun en sus aspectos intelectuales más elevados. Coherente con su ser físico, tiene intervención activa en el desenvolvimiento biológico del hombre. Cuando el soplo de la vida desaparece, cuerpo y alma dejan de existir. No así el espíritu, por no depender su existencia de la materia.

El alma, por su misma constitución, es inseparable del ser físico. Por eso, al cesar en éste la vida, el alma acompaña al cuerpo en su desintegración; es por lo tanto precedera. Como se irá viendo, su perduración en el recuerdo de los demás por el reconocimiento de sus méritos no modifica lo antedicho.

Al destruir con sus afirmaciones la llamada inmortalidad del alma y proclamar la inmortalidad del espíritu, la Logosofía no hace más que poner las cosas en su sitio. No se trata, pues, de un simple cambio de vocablos sino de determinar funciones, sin pretender por eso despojar al alma del papel importantísimo que desempeña, ya que se trata de un agente insustituible dentro del sistema destinado a coordinar armónicamente las actividades físicas, psíquicas y espirituales del hombre.

Cuando el espíritu actúa en plena armonía con

el alma la vida no sólo cobra belleza, sino que toda ella es una demostración cabal de los efectos transformadores del conocimiento trascendente que, afirmado en la conciencia, genera creciente actividad en defensa siempre de los principios de bien emanados de su esencia.

La Logosofía establece sobre alma y espíritu conceptos totalmente nuevos y revolucionarios al señalar entre ambos una diferencia substancial. El alma integra, como dijimos, la entidad física en su parte psicológica; el espíritu, no obstante ser una entidad autónoma, con plena libertad de movimiento, está ligado al alma o ente físico en tanto éste existe en su estructuración humana. En virtud de su esencia eterna y por contener el caudal hereditario del ser que alienta, está destinado a desarrollar trascendental preponderancia sobre la parte física y psicológica del individuo.

El proceso de evolución consciente instituido por la Logosofía hace comprender al hombre que cuando trasciende las fronteras que limitan su entendimiento, cuando penetra más allá de los dominios del saber corriente, es su espíritu y no su alma quien emplea la inteligencia, la sensibilidad y los recursos energéticos para el desarrollo de aptitudes superiores. Tan inestimable prerrogati-

va le exige ser consciente de ella y saber que se trata del resultado de un proceso de reencuentro con su espíritu mediante el conocimiento gradual y la comprobación experimental de su realidad metafísica.

VIII

ESQUEMA DEL ESPÍRITU COMO AGENTE NATURAL DE ENLACE ENTRE EL HOMBRE Y EL CREADOR

Las vagas y antojadizas referencias que se tenían del espíritu llevaron al hombre a considerarlo poco menos que una abstracción, algo fuera del alcance de su razón y sentir. Incurrió además en el error de admitir como verdades ciertas hipótesis absurdas que nada tienen que ver con la esencia misma del espíritu y su realidad perfectamente comprobable.

Cuando hemos afirmado en otras oportunidades que el espíritu permanece ausente del ser que anima, hemos querido destacar su exigua participación en las funciones rectoras de la vida humana, lo cual no implica su ausencia absoluta, pero sí una inhibición manifiesta y comprensible.

Para la Logosofía, el espíritu asume el papel más importante y fundamental:

- a) en el desarrollo de las aptitudes humanas;
- b) en el funcionamiento regular y firme de las facultades de la inteligencia;
- c) en la proliferación de ideas y pensamientos de alto valor;
- d) en el enriquecimiento de la conciencia por el constante aporte de conocimientos de orden trascendente;
- e) en el hecho de sobrevivir cuando cesa la vida del ente físico, por ser él quien recoge y perpetúa el existir del hombre sin perder su individualidad en cada ciclo de manifestación corpórea.

Debemos aclarar que ese papel tan importante y fundamental del espíritu en la vida del hombre sólo se concreta cuando éste le brinda las condiciones necesarias a su manifestación y desenvolvimiento, ya que su función está por encima del ente físico o alma y las energías que emanan de él son las que lo afirman para conducir su vida conforme a los altos fines de su existencia.

Dijimos ya que al cesar la vida física el espíritu recoge y lleva impresa en la célula mental, here-

ditaria o genésica la síntesis histórica que extrae de la conciencia del ser físico que ha integrado, cuyo valor depende de las oportunidades que éste le ha ido ofreciendo para manifestarse y gobernar la vida en cuanto a formas superiores de existencia se refiere. Si las actuaciones anteriores concurrieron a realizaciones elevadas, el espíritu entrega en cada nueva etapa de existencia lo que ha quedado de ellas, las reservas internas acumuladas, lo que el hombre mismo fue capaz de hacer, y no más. Queda, pues, sobreentendido que el aporte de saber y de experiencia en el plano común alcanzado por el alma al término de sus días es absorbido y conservado por el espíritu y sólo servirá en ciclos sucesivos de existencia a los mismos fines comunes para los que se abasteció con ese aporte la vida física. En cambio, los conocimientos y experiencias en los que interviene directamente el espíritu —sumándose a ellos el relativo aporte hereditario— cobran volumen y se consubstancian con la existencia imperecedera del pensamiento y la mente universales sin que el ser pierda su individualidad, resguardada por su adaptación a su destino metafísico concretado

en la evolución consciente. He aquí la diferencia fundamental entre las dos situaciones planteadas a las posibilidades humanas.

El espíritu es no sólo el inspirador, el acumulador de energía, sostenedor y perpetuador de la existencia extrafísica, sino también el agente natural de enlace entre el hombre y su Creador. Naturalmente, nadie presume que, enterado de esto, ya se halla en condiciones de establecer ese contacto, que obedece al orden trascendente. Es lógico admitir que no puede aspirarse a semejante beneficio sin haber movilizadado antes la conciencia, para que el «radar» mental funcione sin defectos.

Condición indispensable para que el espíritu pueda llenar tan alto cometido es que las actuaciones del alma se tornen coincidentes con las exigencias del espíritu, disciplinándose previamente en el adiestramiento que conduzca a ese fin.

¿En qué consiste el adiestramiento? Ya hemos dicho antes que el alma integra el ser físico en su parte psicológica; por consiguiente, concierne a ella la tarea de transformar la mente en una especie de taller de escultura, y la de crear en el ser que anima el hábito, nunca suficientemente ponderado, de vigilar, superándolos, pensamientos y acciones. Los primeros reajustes disciplinarios, factibles de

realizar por medio de nuestro método, permiten la intervención gradual del espíritu que, al tomar las riendas de la vida, va introduciendo en el ser fecundas variantes en su forma de pensar, de sentir, de ver, de entender, etc. Es así como se produce la identificación del espíritu con el ente físico o alma, identificación que culmina con su más alta manifestación cuando el hombre ha cumplido todas las etapas de su perfeccionamiento.

El espíritu humano no posee el don de la autoevolución consciente. Como unidad cósmica requiere perfeccionarse, tomando conciencia, mientras evoluciona, de los conocimientos que existen en la Creación. Tal quehacer requiere su necesario acoplamiento con el alma o ente físico, hecho que se produce por imantación de la misma fuerza hereditaria que los atrae y la participación permanente de la conciencia. Ambos, espíritu y alma, comienzan así a recorrer juntos el largo camino de la evolución consciente, completándose en su recorrido la gran experiencia que ha de revelarles al hombre el enigma cumbre de su existencia.

Cuando el hombre eleva su mente por encima de las preocupaciones comunes surge en su inte-

ligencia un vivo resplandor que se proyecta sobre las cosas que conciernen al espíritu familiarizándolo con ellas. En su mente fluye una nueva capacidad de comprender y realizar, e invade su alma un estado superhumano, pues implica nada menos que el enlace de su inteligencia con el mundo superior, con el mundo de las grandes ideas, de los pensamientos elevados y de las altas concepciones del espíritu. Es allí donde el hombre advierte que se diviniza, porque en su progresivo esfuerzo de superación alcanza las privilegiadas regiones del espíritu y establece los primeros contactos con la vida universal, donde reina el Pensamiento de Dios.

La Logosofía ha expresado reiteradamente que no hay más intermediario entre Dios y el hombre que su propio espíritu, con quien debe vincularse y a quien debe ofrecerle la dirección de su vida. Esa finalidad se alcanza enriqueciendo la conciencia por medio del conocimiento trascendente, pues sólo así puede el hombre comprender cuál es su misión y como está constituido su ser inmaterial, su propio espíritu, agente que responde al influjo de la eterna Conciencia Universal y lleva consigo a través de los tiempos el signo cósmico de la existencia individual.

Por cuanto llevamos dicho se apreciará que el espíritu, contrariamente a las hipótesis sustentadas hasta el presente, no es el alma ni es tampoco ese complejo superior de los raciocinios e inspiraciones de la mente, cuyas excelencias no definen ni concretan su realidad existencial.

Hemos hecho un ceñido esquema del espíritu para plasmar mejor la idea central de individuo; idea que en el curso de este trabajo se irá complementando conforme a las diversas fases y aspectos de este singular y profundo conocimiento sobre la integración física y espiritual del ser humano.

IX

CÓMO SE OPERA EL ACERCAMIENTO Y CONTACTO CON EL ESPÍRITU

Sugerimos a quienes se interesen por nuestra ciencia abocarse al estudio prolijo de todas las circunstancias en que el espíritu se manifiesta con total prescindencia de la propia voluntad y conciencia. El análisis pondrá en evidencia que el hecho se produce con relativa frecuencia. Luego, si se repite, si no se trata de un hecho aislado, debe merecer, ¡vaya si lo merece!, la más grande atención de nuestra parte.

De ningún modo podemos establecer una vinculación consciente con el espíritu si comenzamos por ignorar o no admitir que esas manifestaciones son una realidad incuestionable. Debemos pisar firme, y así como en toda investigación es nece-

sario mantener en pie un margen de confianza tanto en el procedimiento que se emplea como en el fin que se persigue, así también debemos proveernos de la necesaria dosis de circunspección y libertad para enfrentar una labor de tanta trascendencia.

Hemos de mencionar aquí, por ser de todo punto indispensable y para que se tenga una impresión inequívoca de la seriedad de nuestra palabra, que antes de encarar el acercamiento y contacto consciente con el espíritu se impone, por rigurosa exigencia del alto conocimiento que lo hace factible, realizar el proceso de evolución consciente que, como sabemos, implícitamente se define por el conocimiento de sí mismo y del mundo metafísico. Se comprenderá que la tarea debe comenzar en lo interno del ser, para extenderse luego al cosmos, ya que en ese quehacer se descubren, una a una, las leyes universales que rigen la Creación.

Fácil habrá de resultar a todo entendimiento admitir la lógica de esta prevención que formulamos, para que nadie se llame a engaño creyendo que puede utilizar los conocimientos logosóficos como panacea para obtener al instante resultados mágicos en este orden de investigaciones, lo

que implica nada menos que tocar a fondo uno de los arcanos más insondables de la existencia humana.

Salta a la vista que el proceso de acercamiento y vinculación íntima con el propio espíritu requiere tiempo y paciencia consubstanciados en un empeño constante y sincero. Si alguien asegurase haber establecido esa conexión, le responderíamos que un conocimiento así no se guarda en los bolsillos ni se consigue sin haber antes recorrido el único camino para alcanzarlo. El hombre no puede reservar para sí lo que por deber inexcusable requiere ser compartido con sus semejantes. Hasta este preciso momento ninguna noticia poseemos de que alguien haya encarado esta cuestión con la seriedad y precisión con que nosotros lo hacemos.

Muy a pesar nuestro nos vemos obligados a insistir en esta afirmación para que nadie confunda los claros pronunciamientos de la concepción logosófica con los ya divulgados, porque difieren fundamentalmente, sin que exista el menor punto de coincidencia en tan opuestas apreciaciones. El hombre de hoy y la humanidad de mañana formados en esta nueva cultura habrán de valorar y juzgar, por propia cuenta y experiencia, de qué parte se halla la verdad y de qué parte el error.

Siguiendo el curso de nuestra exposición que-remos llamar una vez más la atención en un hecho que consideramos vital para comprender mejor el desarrollo de los conocimientos que inciden directa o indirectamente sobre el tema. Ese hecho es el siguiente: los contactos con el propio espíritu se han producido y siguen produciendo inconscientemente, por lo mismo que se ha ignorado su realidad dimensional, sujeta empero a las modificaciones que en su favor se produzcan en lo interno de cada individuo. Esto conduce a pensar que es absolutamente necesario establecer ese contacto conscientemente, para extraer la esencia viva del existir que alienta nuestra vida, pues depende de esa relación directa y consciente el acierto con que debemos llevar adelante nuestro acercamiento e identificación con él. No busquemos su presencia fuera de nosotros ni pretendamos verle con los ojos del escepticismo, porque ningún resultado se obtendrá por tales conductos. Para sentir su realidad y poder recibir el influjo de sus diáfanos e inefables dictados, hemos de preparar nuestro equipo psicológico y mental. De él podrá servirse el espíritu, aumentando al máximo las posibilidades de nuestra capacidad mental y sensible. Cuando ello acontece expe-

rimentamos la sensación de asistir a un notable cambio interno. Las dos naturalezas, la espiritual y la física, terminan por fundirse, tras una lucha por el predominio de una sobre la otra.

No estará de más indicar el mejor comportamiento para iniciar el ansiado trato con el ente incorpóreo de que nos estamos ocupando. Tras la preparación lógica que ya hemos señalado, habrá que invocarlo y hablarle en su idioma metafísico, el único que escucha, por ser de su misma esencia. ¿Cómo se hace? Muy sencillo. Es necesario que se constituya en nosotros una permanente expresión de anhelos en el sentido de alcanzar el fin que nos hemos propuesto, tal como lo hacemos para otros fines de la vida, y no cejar en el empeño hasta obtener los primeros resultados. El idioma metafísico se revela en la mente humana por el conocimiento que de él va teniendo a medida que se familiariza con los términos que le son consubstanciales.

La familiarización constante con la terminología logosófica, que implica penetrar bien a fondo en el contenido real de las palabras, especialmente de aquéllas que encierran determinados conceptos, hace que el espíritu se conmueva y se sienta atraído a la esfera de actuación de nuestra intelligen-

cia. Pero simultáneamente hay que enriquecer la conciencia incorporando en ella los conocimientos que, a modo de imán, atraen y absorben los que custodia el propio espíritu. Se superarán así las dificultades que impidieron a éste cumplir con su alto y gran cometido.

Vamos a referirnos ahora, por considerarlo ilustrativo y oportuno, al error que involuntariamente comete la generalidad de los seres humanos cuando cree que al proporcionarse cualquier goce estético recrea su espíritu. La misma observación alcanza al hombre cuando habla de su espíritu con tal ausencia de sentido que da la impresión de creer que lo tiene siempre a su disposición. Craso error; al espíritu no se lo atrae tan fácilmente después de haberse prescindido de él durante todo el curso de la vida. Olvido tal sólo se justifica por la ignorancia o inconsciencia del individuo. El atenuante, empero, no merma un ápice sus consecuencias, o sea el retardo de la propia evolución.

Con buenas razones afirmamos que el espíritu recela del ente físico cuando éste pretende atraerlo en circunstancias baladíes, ya que no se persigue

con ello ningún objeto a tono con la seriedad que el espíritu demanda.

La convivencia con el propio ente incorpóreo se produce mediante un proceso de familiarización mutua, que en cada ser humano se concreta según su capacidad individual de realización. En el ente físico o alma tiene lugar por el proceso de evolución consciente, porque eleva sus posibilidades y le permite alcanzar la zona mental del mundo metafísico donde actúa el espíritu; y, en este último, al retomar en forma gradual el ascendiente que perdiera con la pubertad del ente físico.

Los conocimientos logosóficos hacen de puente y a la vez ofician de medio para alcanzar ese acontecer maravilloso, imposible de lograr por otros medios. Esto implica, según lo hemos señalado, un comportamiento a tono con tal aspiración para no defraudar las propias esperanzas y caer en el engaño. El empeño y la constancia en la prosecución de la empresa para asegurar los mejores resultados debe mantenerse firme como un imperativo irrenunciable. Nada mejor en este caso que recurrir a lo que logosóficamente hemos denominado «pensamiento autoridad». Se

trata de un pensamiento instituido en la mente por la voluntad del propio individuo. Es el encargado de dar permanencia a sus aspiraciones y propósitos, haciendo que prevalezcan sobre toda injerencia que atente contra su determinación de evolucionar conscientemente, vale decir, conforme a la preceptiva logosófica y al ejercicio cabal de las leyes universales. Fijar en el pensamiento autoridad la imagen de que nada es comparable a este magnífico trascender valla a valla las limitaciones humanas, es hacerse merecedor de una recompensa infinitamente superior al esfuerzo y de efectos perdurables.

Vemos así el error de quienes pretendieron trasponer los propileos metafísicos sin el concurso inapreciable del propio espíritu. Por encumbrado que sea su desarrollo intelectual, la mente común, manejada por el ente físico, no alcanza a penetrar jamás en la realidad del mundo metafísico, porque le falta lo esencial: conocer su propio espíritu y hallar con él la forma y el medio de consumir tan alta aspiración.

X

**ARTICULACIÓN DEL MECANISMO
PSICOESPIRITUAL HUMANO**

En el curso del presente capítulo podrá apreciarse mejor cómo se articula por medio del proceso de evolución consciente esa maravillosa estructura psicoespiritual que hace del hombre una figura de relieve entre los demás seres vivientes.

Hemos de convenir, empero, que el hecho de hallarse tan bien acondicionado para la realización de su perfeccionamiento integral, no ha sido suficiente para advertirle que está facultado para asumir tan grande como honrosa responsabilidad; y así lo comprueba él mismo no bien resuelve dirigir sus pasos por el camino de la evolución consciente que, al iniciarlo en el uso correcto de su mecanis-

mo psicológico, le permite aquilatar los beneficios que le otorga.

Por primera vez en la historia de la humanidad le es posible al hombre ilustrarse acerca de la existencia en él de un sistema mental que, al activarse mediante el conocimiento de sus delicados resortes, se convierte en la simbólica llave mágica que abre el hermetismo de esas puertas clausuradas durante siglos a los requerimientos de su razón.

La Logosofía da primordial importancia a la mente humana, reconociéndole prerrogativas trascendentales. Educada en una cultura superior mediante el ejercicio y práctica de los conocimientos que pone a su alcance, la mente se torna instrumento soberano de la conciencia, con aptitudes tanto más fecundas cuanto más trascendentes sean los conocimientos que la iluminan.

Es de todo punto necesario insistir sobre el papel principalísimo que desempeña el conocimiento en la empresa de articular el juego sublime de las facultades de la mente, por ser allí donde la inteligencia, en armonía con los conocimientos que la ilustran, hace que éstos se fijen en la conciencia, creándose así la conciencia trascendente, deposi-

taria de los conocimientos, trascendentes también, que jerarquizan el haber hereditario individual.

Es importante señalar que la conciencia, interligada con la inteligencia, sólo puede manifestarse a través de ella. A su vez, la conciencia recibe y se enriquece con el efluvio de las verdades que por vía de la inteligencia penetran en el ser en forma de conocimientos. Desde luego, las funciones de tan invaluable como sutil mecanismo escapan a la captación del que no interviene en él como ejecutor consciente del esfuerzo que demanda, aun cuando consideramos que no ha de ser difícil deducir que la conciencia usa de la inteligencia para manifestarse y enriquecerse a la vez, con lo cual la mente tórnase diáfana como la misma conciencia, respondiendo a los dictados de esta última en una acción tanto más fecunda cuanto más iluminada se halla por efecto del saber.

Debe procurarse, pues, una comunión perfecta entre mente y conciencia, porque los conocimientos depositados en ella por la mente confluyen sobre ésta no bien los necesita. Vale decir que la conciencia pone a disposición de la mente, alumbrándola, los conocimientos que ésta contribuye a depositar en aquélla. A su vez, la conciencia es

correspondida por la mente en virtud de las funciones interdependientes que realizan.

No podría quedar al margen de quien se proponga encarar tan meritoria labor, el sistema sensible, desde que el conocimiento trascendente regula los movimientos de la inteligencia y de la sensibilidad, lo que explica la importancia que asume el contacto armónico de ambos sistemas dentro del complejo mundo interior del hombre.

Nos resta puntualizar aún la correspondencia directa entre espíritu y conciencia, la cual se amplía, como dijimos, en razón de los conocimientos que absorbe. Al ampliarse, la conciencia da al espíritu oportunidad de manifestarse, y no sólo permite captar su influjo, que insta de continuo al hombre a un mayor esfuerzo, sino también experimentar la amplitud que va cobrando la vida cuando comienza a ser gobernada por el espíritu.

Todo lo que vive en el universo está movido por una misma y única fuente de energía. En pequeño, también el hombre cuenta dentro de sí con esa misma fuente, que se activa al ponerse ésta en contacto con la vida universal. Esa fuente de energía es la conciencia, única capaz de mover

todo el mecanismo psicológico humano y, con ello, los conductos del sentimiento, que hace grandes, abnegados y nobles a los hombres.

XI

ACONTECER DEL ESPÍRITU EN LA INFANCIA Y EN LA ADOLESCENCIA

Durante la infancia el espíritu se manifiesta en el ente físico o alma del niño para preservarlo de los males que lo acechan y compartir con él momentos muy gratos. No pocas veces sorprendemos su risa, en la vigilia o cuando duerme, sin que aparentemente haya motivo alguno que la justifique. Es que el espíritu hace de «abuelo jovial» y sugiere a la incipiente reflexión del niño cosas que, aun sin comprenderlas, le causan un júbilo inocente. No obstante, suelen algunas quedar grabadas en su mente para reaparecer luego en el hombre como incentivos o inspiraciones que alumbran su marcha por el mundo. Pero hay además un hecho al que nos hemos

referido en estudios anteriores¹ y que vamos a destacar ahora con el alcance de una revelación, por contener valores extraordinarios para la orientación presente y futura de la niñez y adolescencia. Nos estamos refiriendo a la actuación del espíritu en ese período comprendido entre el nacimiento y la pubertad. Durante ese lapso, contrariamente a lo que se ha pensado hasta ahora, o sea que la mente del niño es inepta para comprender ciertas manifestaciones de la vida adulta, relegándosela a meras adaptaciones primarias de conceptos, su mente puede captar y comprender sin mayor esfuerzo muchas de esas manifestaciones, por facilitárselo su propio espíritu.

La Logosofía descubre que durante esa primera edad las posibilidades humanas son asombrosamente fecundas para el desenvolvimiento natural de la vida consciente con todas las prerrogativas que le abre la evolución en el curso de su existencia. La mente del niño es tierra virgen y fértil. Constituye, pues, no sólo una necesidad, sino también una obligación moral y racional ineludible propender a que germinen en los pequeños

pero fecundos campos mentales de la criatura, simientes óptimas, simientes que contengan en posibilidad de manifestación los recursos que la inteligencia del hombre necesita para emanciparse de toda presión extraña a su pensar y sentir, y vencer las dificultades que ha de enfrentar en el curso de la vida.

Señalamos como nocivo y como total desacierto, causa de grandes perjuicios al existir humano, cualquier idea o creencia que se inculque al niño contraria a la verdad o realidad que él, llegado a hombre, ha de comprobar por sí mismo. La mente infantil es sensible por excelencia. Graba en forma casi indeleble las imágenes que los mayores plasman en ella como sugerencias. Es lo que acontece, por ejemplo, cuando se infunde en el niño el temor a Dios, provocándole una angustia tan inútil como perniciosa para su formación psicológica y moral, sin haber cometido aún falta alguna y sin tener la más remota idea de lo que es un agravio a la moral, a la decencia o a la honradez. También se le inculca el temor al diablo y se lo espanta con el llamado «infierno». Ninguna de las dos imágenes es constructiva, antes bien

ambas lo deprimen en extremo, pues carente el niño de defensas mentales, se abandona al influjo de una sugestión que entumece ciertas zonas de su mente produciendo la «psiqueálisis», o sea la paralización de una parte de su sistema mental, justamente en la zona donde su espíritu puede manifestarse con miras a reinar en su vida y conectarlo al arcano de su propia herencia. Como se ve, la errónea intervención de los mayores en función de preceptores espirituales, de pedagogos o padres en la formación moral, mental y psicológica del niño, es causa de los desvíos que hoy padece la juventud con la consiguiente preocupación general, de la que casi nadie escapa. Considerando la importancia de esa causa la exponemos hoy a la conciencia de todos los seres humanos, en vista de la solución que exige y urge tan afligente problema.

Es necesario favorecer en las criaturas las manifestaciones tutelares de su espíritu, evitando cuanto pueda anular su inestimable auxilio. A tal efecto no deben plasmarse en su mente pensamientos, ideas o palabras que las inhiban o coarten su libertad de pensar. Tampoco deben ofrecérseles deprimentes espectáculos morales

de familia o dejar que escuchen relatos de hechos delictuosos, por no hallarse en edad de comprenderlos. Debe en cambio estimulárseles en el amor a Dios, fuente de toda Sabiduría; pero que ese amor se manifieste como elevada vocación por el estudio y conocimiento ulterior de las verdades en la dimensión que le es dado a cada uno conocerlas, es decir, en la medida de la capacidad individualmente alcanzada.

En cuanto al amor a sus padres, hermanos y semejantes, no es ello tanto materia de enseñanza como de ejemplo. En esto, como en el error que hemos señalado antes, es donde falla la mayoría. Pocos son en verdad los que con el ejemplo inspiran ese amor entrañable que cada hijo debe sentir por sus padres. Pocos son en verdad los hermanos mayores que enseñan con su ejemplo a los menores el culto del afecto o del respeto recíproco. ¿Y qué diremos de semejante a semejante cuando se carece de elementos básicos a la estructuración moral capaz de mantener una convivencia feliz?

Si el espíritu percibe que al ser que anima se lo ayuda a favorecer su evolución, si ve que no le imponen ideas o creencias que rechaza por

inconducentes, él mismo se convierte en factor determinante de su pensar y sentir que, aunque incipiente en el niño, constituyen el sólido cimiento de su formación mental, moral y espiritual, sana y amplia.

Con esto queremos significar que el espíritu no nace con el ser humano, sino que es el ente inmaterial que se va formando en el curso de nuestras vidas con lo que hayamos sido capaces de acumular en calidad de patrimonio extrafísico propio. Contiene el probado caudal de la propia herencia, lo que implica, sin lugar a dudas, que la dimensión de su experiencia y de su edad es mayor a la del ser físico que anima, pues es la suma de los valores extraídos de cada período de vida del ser individual, ya en este mundo, ya en el mental o metafísico.

Pensamos haber explicado con suficiente claridad las dimensiones de este fundamental conocimiento que revela hasta qué punto se extienden las posibilidades humanas y en qué medida fue ignorado por parte de quienes, de haberlo sabido, hubiesen tenido el deber de enseñarlo a toda la humanidad. Al no hacerlo han probado su incompetencia y confesado sus infructuosas tentativas de ir más allá de las reflexiones comunes.

Por nuestra parte, ahondaremos aún más el tema

para señalar algunos hechos que conceptuamos dignos de explicación e ilustrativos de la actividad del espíritu en los primeros once años de vida física del hombre.

La intervención directa del espíritu en el cuidado de la vida del niño es innegable. En frecuentes observaciones hemos podido comprobar esa intervención y la forma cómo ejerce su influencia el espíritu en los movimientos inconscientes de la criatura. Hace muchos años, el autor de este libro hallábase de vacaciones en un lugar veraniego del país. Contiguo a la casa que ocupaba erguía-se un antiguo caserón que ostentaba en lo alto del frente, sobre gruesa cornisa, grandes macetones de cemento, donde proliferaban abundantes yuyos. En la acera que rodeaba la casa, bajo una de esas atalayas de *portland*, jugaban tres niños, el mayor de siete años apenas. Separaba la casa, haciendo las veces de tapial, un tejido de alambre de trama fuerte, que le permitía observar, desde el jardín donde se hallaba reunido con varias personas, el entretenimiento de las criaturas. De pronto uno de los tres niños, el mayor tal vez, abandonó el juego e instó a sus compañeros a alejarse del lugar. Habían andado apenas unos pasos cuando el estupor hizo presa de los que observaban la escena, al ver

caer sobre el área que habían ocupado los chicos, el pesado macetón que momentos antes se erguía como adorno en lo alto del edificio. Para quien observa con amplitud de juicio este episodio no existen dudas de que en ello participó el espíritu del niño o el de los tres, ya que fue casi unánime el impulso de cambiar de ubicación que en común experimentaron.

Otro testimonio: Cierta vez un niño de unos ocho años correteaba entre las vías del ferrocarril en momentos que avanzaba velozmente un tren de pasajeros. Absorto en su mundo no advirtió lo que ocurría ni pudo oír, por el estruendo del vehículo, los gritos de quienes le señalaban el peligro. En ese momento un providencial traspíe lo arrojó fuera del alcance de la terrible máquina e impidió que lo succionara la tromba de aire desplazada por los vagones en su vertiginosa marcha. ¿Qué provocó el tropezón? ¿Quién lo salvó de un final doloroso en los comienzos de su vida? Sólo y únicamente su propio espíritu, expresión sublime de la previsión suprema que ampara de ese modo a cada criatura humana durante su total inconsciencia de los peligros que la acechan y a los que tan expuesta se halla en ese incierto período de la vida humana.

Como éstos podríamos citar infinidad de casos, a los que habría que agregar aún los que el lector conserva sin duda en la memoria, ya como observaciones, ya como episodios vividos por él mismo. Los expuestos bastan, sin embargo, para formar juicio de la evidencia con que el espíritu se manifiesta en resguardo del ser que anima. Atribuirlo a otras causas o factores es pisar el resbaladizo suelo de las presunciones, que sólo conducen a mantener indefinidamente el desconocimiento de una realidad que tan importante valor asume en el desarrollo de las aptitudes morales y mentales del individuo y que tanto contribuye a enaltecer la vida y darle un contenido espiritual de insospechados alcances.

Se nos preguntará, no obstante: ¿Por qué mueren a diario tantos niños en accidentes? ¿Qué queda en tales casos de la protección del espíritu? La respuesta a estos lógicos interrogantes no destruye nuestra afirmación, pues no todas las vidas siguen el mismo curso ni obran sobre ellas los mismos factores. Las leyes que nos confieren libertad sobre nuestros actos son las que determinan luego los pros y los contras manifiestos a lo largo de nuestra existencia. No olvidemos entonces que la vida de un niño puede estar condicionada al veredicto de

las leyes respecto al desenvolvimiento evolutivo de sus padres o de él mismo. Además, las consecuencias que reportan las imprevisiones y descuidos, causa muchas veces de dolorosos accidentes en los niños, ¿no forman también parte de las duras experiencias de la vida?

Siguiendo el orden de esta exposición, fruto de detenidas investigaciones combinadas con la aplicación de conocimientos logosóficos que penetran a fondo en las complejas articulaciones de la psicología humana, señalaremos ahora un acontecimiento que se verifica en todas las almas al llegar a la pubertad. El despertar de esta edad crítica trae por consecuencia el retraimiento del espíritu. Es precisamente en esa edad, la más urgente de nociones precisas sobre el espíritu, cuando el ser se halla huérfano de toda explicación ilustrativa, como no sean las que en forma harto ambigua y confusa suelen darle los mayores. No olvidemos de paso que éstos recibieron a su vez de otros en su tiempo conceptos igualmente erróneos.

El retraimiento que el espíritu se impone con la aparición de la adolescencia obedece a que en esa edad cobra fuerza el instinto, surgen las pasiones y el ente físico se ve de pronto sumergido

en el más crudo materialismo. Y aquí debemos señalar un hecho que se repite infinidad de veces: el espíritu sufre, en tales circunstancias, un eclipse que llega en muchos casos a ser casi definitivo. No se advierten, en efecto, ni siquiera vestigios de su existencia en los pensamientos, ideas o actos de infinidad de seres que terminan sus vidas en irreparable descenso.

Veamos ahora cómo puede neutralizarse la influencia del instinto durante la pubertad y evitar que anule la del espíritu. En el campo experimental de las actividades logosóficas se ha podido comprobar que la especial atención consagrada a los niños con el empleo del método logosófico les permite entrar en la pubertad sin que sean sorprendidos por temores, cohibiciones y toda esa gama de sugerencias que trae aparejados el despertar del sexo. Precisamente en esas circunstancias afloran en la mente y el sentir del adolescente las imágenes sombrías que le fueran inculcadas en la niñez. El temor a Dios lo esclaviza y oprime, no permitiéndole reflexionar sobre sus propias dificultades. Acosado por los pensamientos, se siente poco menos que infractor a las leyes naturales. Esto por lo general lleva a cometer imprudencias y desaciertos que agravan cada vez más

su desamparo moral. La Logosofía ha previsto esa inquietante situación a que es sometido el adolescente por carecer de recursos para enfrentar el inevitable paso entre una edad y otra. Le enseña a crear sus propias defensas mentales y le guía en el conocimiento gradual de las contingencias que debe afrontar, para que las resuelva por la vía natural de la reflexión serena de los hechos. De esta manera se logra que el espíritu mantenga sobre el ser su influencia como en la niñez; y es en la fuerza mental y psíquica que le suministra donde el adolescente encuentra el punto de apoyo para no descarriarse en tan delicada prueba de su experiencia en el mundo.

Naturalmente, la moral del hogar logosófico contribuye de manera decisiva a formar en las criaturas y adolescentes una idea inequívoca del desenvolvimiento de la vida en sus términos más prudentes y sensatos. La fuerza del ejemplo hogareño los lleva luego a verificar lo que ocurre en los ambientes no logosóficos y a juzgar por sí mismos la conveniencia de ser cada uno de ellos dueño de sus pensamientos y de sus actos. Buscan así el cauce moral para el aprovechamiento de sus energías internas, que el propio espíritu individual sabe orientar muy bien, sorteando sin mayores

dificultades las alternativas de ese crítico período de la vida.

Se entenderá que cuando el adolescente no acusa las defensas mentales que le enseña a organizar la Logosofía, se ve obligado a sostener penosas luchas entre su pensar y su sentir. No pocas de esas luchas resienten visiblemente su salud y sacuden su moral. Con tales desventajas, fruto de la ignorancia y de la inexperiencia, pasa por la edad púber y entra en la vida. Las nuevas preocupaciones le van devolviendo poco a poco el equilibrio funcional de su acontecer interno, pero al andar por los caminos del mundo sin una orientación segura, pronto es atrapado por nuevas acometidas del instinto y no menos impetuosas embestidas de ciertos pensamientos que, dentro de su mente, tratan de apoderarse del gobierno de su vida.

Considerando serenamente los serios riesgos que una infancia y una juventud descuidadas acarrear a la criatura humana, es fácil apreciar la importancia que asume desde la primera edad preservar al niño de prejuicios, de creencias y de toda idea sugestionante e inhibitoria que atente contra el normal desarrollo de su naturaleza pensante y demás atributos afines con su condición superior entre los seres creados. El niño dejara

así su mundo, el de la infancia, para entrar en el de la adolescencia provisto de defensas contra las contaminaciones que le acechan, descontada, desde luego, la asistencia de los mayores, a quienes cabe el deber de familiarizarlo con el panorama de una vida que para él ha variado de pronto. Cuán a menudo, sin embargo, vemos a éste librado a sus solas expensas, sin más gobierno sobre sí que las ilusiones que surgen frondosas de su imaginación en virtud de ese conglomerado de manifestaciones nuevas y de todo orden que experimenta su naturaleza. Recordemos, no obstante, que no son pocos los casos en que una idea inesperada, una reacción saludable en el instante mismo de dar un mal paso, parecería querer testimoniarnos que no han desaparecido totalmente las influencias sanas e inocentes de aquel primer período de existencia, reminiscencias sin duda con que la Sabiduría Universal ampara al incipiente explorador que se interna a ciegas en el complicado mundo de la gran experiencia humana.

La Logosofía ha señalado al hombre el camino, al revelar a su entendimiento las posibilidades que tiene para el reencuentro con su espíritu y para experimentar conscientemente la realidad de su existencia. Es preferible y altamente beneficioso

para el alma dominar el campo de sus posibilidades, a marchar ignorándolas. El destello de una luz en la oscuridad de la noche, cuando nos toma ésta en las dilatadas pampas, puede servirnos de orientación; pero debemos recurrir a nuestras fuerzas para llegar hasta el lugar iluminado. El baquiano no necesita de ese destello, pues lleva dentro la orientación precisa para no extraviarse.

XII

ALGO IMPORTANTE RELATIVO A LA HERENCIA, QUE CONCIERNE TAMBIÉN AL DESTINO DEL HOMBRE

De las observaciones y constancias obtenidas por la investigación logosófica se ha podido establecer que el espíritu recoge y conserva del ser que anima los bienes sustanciales que integran el patrimonio de la propia herencia. Triste es sin embargo reconocer que en la inmensa mayoría de los hombres esos bienes casi no existen por haber vivido en una lamentable indigencia espiritual. Salta a la vista cuán pocos han podido aumentar tan inapreciable caudal y, si lo han hecho, ha sido sin tener verdadera conciencia de ello. Asoma y se hace evidente nuestro aserto sin los velos del misterio en los niños prodigio, realidad

humana de la que nunca se ha dado explicación satisfactoria.

Ya hemos dicho que el espíritu protege y convive, por así decir, con el ente físico durante los años de su infancia. Pues bien, cuando excepcionalmente se produce, por impulso de la propia herencia, el despertar prematuro de una facultad, la retentiva o memórica, por ejemplo, el espíritu mismo la usa para conectarla al saber acumulado en esa herencia. Exaltada esa facultad hasta el límite de la realización que la precedió, se comprueba la maravillosa conjunción de las dos naturalezas actuando de consuno, aunque de ello no tiene el propio niño la menor conciencia, por cuanto es ajeno al proceso que medió en el desarrollo prematuro de esa facultad. El prodigio desaparece comúnmente en las primeras manifestaciones púberes, por la influencia del instinto en esa edad. Hay casos, sin embargo, en que el influjo del espíritu se prolonga a través de una inclinación o vocación que coincide con la de épocas pasadas. La reminiscencia cobra así fuerza de realidad en un renacer estético que, trasponiendo la edad del olvido en la pubertad, se reencuentra floreciendo

muchas veces en plena juventud. El mismo caso se advierte en la facilidad que muchos seres tienen de ejercer una profesión o dominar determinado campo de las actividades humanas. Bien claro aparece, para el sagaz y diestro observador en esta clase de investigaciones, que en ellos se define con caracteres inobjetable el aprovechamiento, aunque en forma inconsciente, de la herencia de sí mismo, concepción expuesta en uno de nuestros anteriores trabajos¹.

Apoya nuestra aseveración el hecho de que hombres de inteligencia preclara, destacados en una u otra rama de la ciencia o del arte, favorecidos por esa herencia no siempre muestran condiciones de igual jerarquía en el orden de los valores morales y espirituales. Son muchos los que no acusan un grado de perfeccionamiento interno acorde con su genialidad. Conocidos son asimismo los desequilibrios causados por la exaltación unilateral de las facultades que, deleitando a veces al individuo hasta la embriaguez, anula toda otra posibilidad noble de su naturaleza. Parecería advertirse en ello la mano del Creador señalándo-

¹ Véase *La herencia de sí mismo*.

nos que la vida debe encumbrarse en todas sus manifestaciones.

Los bienes que el espíritu pone a nuestro alcance por vía de la evolución consciente en grados de creciente adelanto, lejos de producir desequilibrios favorecen la armonización de todas las facultades que configuran la psicología humana, lo cual en ningún modo implica dejar de sobresalir en determinados campos de la inteligencia. La Logosofía enseña al hombre a ser consciente de los bienes heredados del espíritu y a usufructuarlos con ventajas para su evolución. Como podrá apreciarse, el hecho tiene una importancia decisiva en el destino que cada cual haya de forjar para su bien.

Pese a lo ya expuesto sobre este quehacer del propio ente incorpóreo, que tan fundamental misión desempeña en el destino de nuestra existencia, vamos a señalar algunos episodios que explican el porqué de sucesos que no obedieron precisamente al saber ni a la voluntad del individuo. Se ha dicho, por ejemplo, desde la antigüedad, y aún hoy se sigue sosteniendo —aunque más no sea, como figura poética— que los artistas reciben su aliento inspirador de ciertas deidades, las Musas, o de una potestad genérica llamada Numen. ¡Hermosa ilusión! Pero mil veces

más hermoso y real es saber ahora, concretamente, que el propio espíritu es quien extrae del haber hereditario el elixir mental que hace posible la obra de arte, la creación musical o el éxtasis poético; es saber asimismo que es él quien hace posible en los campos de batalla y en los de la ciencia sus heroicas y abnegadas gestas. Ciertamente, no responden a inspiraciones abstractas, sino a cabales manifestaciones del espíritu de sus protagonistas.

Ese haber hereditario, hasta ahora insospechado, puede compararse a los fondos que reiteradamente vamos depositando en un Banco y que en cierto momento extraemos para incrementarlo con alguna operación comercial o financiera. Constituyen, por consiguiente, nuestras propias reservas. Así, pues, el que en ninguna etapa de vida física dedicó sus esfuerzos a determinada preferencia —el arte por ejemplo— y en un momento dado se le ocurre dedicarse a ella, en vano reclamará la asistencia de su espíritu, porque en esa «cuenta bancaria» no se halla depositado fondo alguno y, por supuesto, el llamado «numen» no podrá inspirarlo.

No se piense, empero, que la asistencia del espíritu a que hemos aludido tiene algo que ver con

el proceso de evolución consciente que enseña a realizar la Logosofía. No; la mencionamos con el objeto de mostrar, por una parte, cómo se producen esas manifestaciones al margen del saber y la voluntad del individuo y, por otra, para señalar el error de atribuir las a una irrealidad, a una figura estéril para la vida humana.

Muy diferente es, por cierto, cuando el ente físico, aleccionado por estos conocimientos, consagra su vida a la más elevada y extraordinaria de las artes, cual es la de forjar la propia escultura plasmándola en realizaciones del más alto valor trascendente, o sea la obra de perfeccionamiento individual, que lleva implícito el hálito inmortal de la Sabiduría. Esta obra no podrá ejecutarse jamás sin poner antes en condiciones los sistemas que integran la psicología humana y, muy especialmente, sin el mantenimiento duradero de los estados conscientes, pues la conciencia no debe permanecer ajena a ningún movimiento volitivo que tienda a ese fin.

Debemos anotar aquí otro hecho no menos importante: la posibilidad que ofrecemos al propio espíritu para que recoja y conserve todo el contenido valioso de nuestra vida como realización superior en cada uno de los auspiciosos sucesos que la evolución consciente vaya determinando.

Nos estamos refiriendo a la herencia de sí mismo, es decir, a todo lo que lleguemos a ser y poseer en sabiduría, en función de la capacidad mental alcanzada en las esferas del mundo metafísico. La Logosofía ha definido ese mundo como el ámbito cósmico donde actúan las leyes universales en sus múltiples configuraciones y efectos. Por tal motivo, el abarcar la dimensión de este saber dependerá siempre del esfuerzo individual, del empeño que se tome cada uno en la consumación del proceso de su evolución consciente. No obstante, debemos señalar que los que siguen las disciplinas logosóficas son asistidos eficazmente por los más avanzados en el cultivo de esta ciencia, ayuda que resulta de inestimable valor para fijar con claridad la conducta que se debe seguir en cada circunstancia y alcanzar, tras el estudio y la realización interna, un dominio pleno de cada conocimiento logosófico.

No debemos olvidar que el advenimiento del propio espíritu es un acontecimiento que implica un renacer y una permanente modificación esencial de la vida y, por lo tanto, del propio destino. Quien no lo entienda así antes que el hecho se produzca y piense que podrá continuar con las mismas rutinarias y vulgares expresiones de la vida corriente, hará muy bien en permanecer al margen de esta

realidad superior que estamos presentando a su razón y sentir. Nadie que haya vivido en cautiverio podría comportarse, fuera de él, tal como lo hacía obligadamente mientras soportaba la esclavitud. Pues bien, del mismo modo, quien anhela extender el dominio de su inteligencia hacia planos superiores de conciencia, una vez alcanzado ese objetivo no puede comportarse más como si ello no hubiera acontecido. Será entonces el propio espíritu quien exigirá a cambio de su invaluable aporte, una conducta a tono con el nuevo pensar, sentir y obrar del ser que anima. Y esa conducta no puede ser otra que la de desempeñarse a la altura de sus investigaciones, sin sufrir ya las interferencias de aquellos pensamientos¹ que actuaron antes de haberse penetrado, aunque incipientemente, en el gran enigma de la propia existencia.

Queda claramente explicado que la función primordial del espíritu es la de perpetuarse a través de la existencia; y como esa perpetuación requiere necesariamente una causa que la active, ésta se define en la evolución consciente, que, a su vez, determina el curso de la propia herencia hasta culminar en su inefable apogeo

¹ Véase *Logosofía. Ciencia y método*, Lección IV, pág. 55.

con la posesión de la Sabiduría. Esta es la razón por la cual el espíritu se siente irresistiblemente atraído cuando el alma emprende decidida el proceso de evolución consciente, por ser allí, en la conciencia, donde se opera la sublime conciliación entre el espíritu y el ente físico o alma. Naturalmente que a esto no se llega sino tras un constante adiestramiento de las articulaciones mentales y sensibles, lo que las condiciona para tal fin. Habrá que desterrar de la mente todo pensamiento contrario a este objetivo y auspicar en grado máximo la afluencia de aquellos otros que concurren a favorecer el desarrollo del proceso aludido. Volvemos a mencionar aquí la importancia de que presida nuestra mente un pensamiento-autoridad, cuya función rectora imponga la necesaria disciplina a nuestra voluntad, pensamientos y acciones, para evitar, por una parte, estériles entorpecimientos del esfuerzo y favorecer, por otra, el inestimable concurso que habrá de prestarnos nuestro espíritu.

Dejamos, pues, a criterio del lector la estimación de los valores de un conocimiento que conduce al hombre al encuentro con su espíritu para recibir

de sus manos el caudal de su herencia. Podrá asimismo apreciar la expresión de justicia revelada en ella por la gran ley de evolución, que establece para todas las criaturas inteligentes que pueblan el orbe la misma incommovible conducta consciente de ascenso a las gradas de la Sabiduría Universal. De ello se desprende que si el haber hereditario individual no satisface pese a ser uno mismo el responsable directo de ello, queda la posibilidad de enriquecerlo y disfrutar hoy mismo de su magnífica virtud compensadora. Logosofía lo da todo al que no tiene, y al que tiene o cree tener le ofrece cuanto le falta para conocer su verdad y ser feliz.

XIII

LEYES UNIVERSALES

Al dar a conocer los factores que intervienen en el diario suceso dentro del mundo interno de cada individuo, la Logosofía pone al alcance del hombre la clave del conocimiento causal que atañe a su vida, evolución y destino. No pueden permanecer ajenas a tal prerrogativa las leyes universales, por ser las que sostienen los pilares de la Creación y animan la vida de todo cuanto existe. Deber del hombre es no infringirlas y auspiciar en todo momento el sello de sus designios cumpliendo con sus mandatos, lo que le otorga la seguridad absoluta de su amparo.

Las leyes sobre las cuales la ciencia oficial fundamenta sus investigaciones y descubrimientos

surgieron de la necesidad de ordenar lo concerniente al comportamiento de la actividad material o física del organismo biológico humano y de los procesos de todo orden comprendidos en la naturaleza, sujetos a la comprobación. Nada nos dicen respecto a las prerrogativas conscientes del hombre, ni a la evolución de sus posibilidades de alcanzar las altas esferas del espíritu.

Las leyes universales, sobre cuyos cometidos informa la Logosofía, están identificadas con las normas de una ética elevada, acorde con su naturaleza, cuya orientación coincide con la vía de conocimientos que en el orden superior cultiva el logósofo. Dichas leyes establecen una nueva relación de causas y efectos que permite comprender sin dificultades el amplio panorama de la existencia humana, al tiempo que orientan y prescriben normas de conducta para cubrir las sucesivas etapas del perfeccionamiento.

Convengamos en que las leyes de la Creación son aún escasamente conocidas por la humanidad, pues siendo ellas abogados y jueces a la vez, la mayoría ignora cómo actúan y cómo dictan sus sentencias cuando juzgan. Ignorándolo, mal puede el hombre conocer los hechos de su vida interna,

capaces de sobrepasar, toda vez que una ley se pronuncia en armonía con las demás leyes, sus más fantásticas lucubraciones.

Cuando la Logosofía ilustra al hombre sobre el mecanismo de las leyes universales, le permite ajustar su vida a la realidad que éstas determinan y liberarse del vacío y la opresión moral causados por su desconocimiento. Comienza a dominar así el campo más inmediato donde actúan esas leyes, que es precisamente el que ocupa cada ser, la propia vida, la vida del ser humano y, por derivación del saber que acumula, aprende también que, en el universo, todo se realiza mediante procesos.

Al plasmar la imagen de la criatura humana, Dios determinó para ella el cumplimiento de todos los ciclos de evolución preceptuados por las leyes supremas. Lógico es, entonces, que al conocer las leyes y superar todo lo que en él es superable, habrá de ir comprendiendo cuál debe ser su destino y cuál su conducta.

Los procesos cósmicos, regidos por las inmutables leyes que regulan la vida de todo el universo, dan la pauta sobre los demás procesos que se cumplen en él, incluso los humanos, siendo fácil

comprender que respondan con sus sanciones a cualquier alteración o falta.

El hombre establece contactos con las leyes universales por medio de la conciencia; forzoso es, por lo tanto, señalar la importancia de acrecentar ese valioso factor de enlace, dando fuerza al propósito de no infringirlas, todo lo cual favorece en grado sumo el proceso de evolución consciente. Ya no se cometerán faltas, no se contraerán deudas; tampoco se atraerán sanciones.

En la naturaleza todo está regido por una norma universal; una norma que corrige a los infractores. En el orden civil se multa a las personas o se las detiene para que adquieran conciencia de ello y no vuelvan a incurrir en falta; en lo trascendente es exactamente igual, sólo que en vez de privárselas de la libertad o de multárselas, las leyes las corrigen haciéndoles comprender por diversos medios que no deben desacatarlas.

Las leyes humanas han sido inspiradas por las leyes universales y tienden a semejarse a ellas aun cuando distan mucho de la perfección, ya que las universales, aparte de ser absolutamente justas, se cumplen con el rigor de la exactitud y de la

puntualidad; las leyes humanas contienen gruesas fallas, la mayoría de ellas originadas en debilidades de los mismos hombres.

Debemos acostumbrarnos a pensar que las leyes son eminentemente justas al dictaminar sobre nuestros actos. Si nos hemos hecho acreedores a un juicio adverso, nunca pensemos que en el dolor existe el castigo, sino la oportunidad de saldar una deuda, de liberarnos de algo negativo que aún perdura. Ello implica considerar la acción de las leyes desde un punto de vista humanitario, lo que permite comprender mejor su mecanismo y la generosidad con que actúan.

Dios, único ser en la Creación que no tiene par, desciende hasta el hombre en virtud de Sus Leyes y de Su Pensamiento expresado en cada una de las cosas creadas. Con la prerrogativa de llegar a ser en espíritu semejante a Él, le concedió la de conocer sus leyes para regir por ellas su vida como ser humano e inmortalizar su existencia como ser espiritual.

XIV

LA HERENCIA QUE EL ESPÍRITU RECOGE Y LLEVA COMO CARGA O DEUDA AGOBIANTE

No obstante su naturaleza inmaterial, exenta de toda contaminación terrena, el espíritu absorbe del ser físico al que está ligado —exactamente como se explicó respecto de lo positivo— todo lo negativo representado por delitos, errores y culpas cometidas durante la vida, dentro de una amplia gama que abarca desde las más inhumanas crueldades hasta las más leves faltas.

Las leyes universales son inexorables; nada ni nadie está al margen de su influjo. Por lo tanto, con respecto al hombre, es inexorable también la ley que rige su herencia. Ante ella no valen tronos ni magisterios ni vestes doradas, si los pensamientos y la voluntad de quienes usaron de tales prendas

han dado origen a su propio infortunio y al infortunio de sus semejantes. Páginas negras integran en tales casos el libro de la herencia individual, extensivo a todos aquéllos que con idénticos resultados y cualquiera haya sido su actividad en la vida física usufructuaron de una posición en detrimento moral y material de otros seres. Ningún espíritu queda, pues, exento de ese cometido tan sabiamente dispuesto por el Supremo Hacedor. Ello implica que cada cual es responsable directo de su destino; que de él exclusivamente dependen la supervivencia y su perpetuación como individuo que se eleva hacia las alturas extrafísicas donde impera el Pensamiento Cósmico de Dios, o que desaparezca absorbido y desintegrado por la inercia que originan sus desvíos. Puede el ser humano detener a tiempo la anulación de su ente espiritual si hace uso de la gran oportunidad que la misma ley de la propia herencia le concede como expresión de la más alta justicia, al permitirle que se libere constituyéndose en redentor de sí mismo.

Falta saber ahora en qué forma habrá de redimirse. La Logosofía hace factible esa sublime realización de la vida interior enseñando al hombre

a lavar sus faltas con el agua lustral que mana de las individuales fuentes internas no bien haya decidido encauzar su vida por la senda de la experiencia personal consciente, es decir, cuando por propia voluntad comienza a reparar gradualmente cuanto mal haya causado en su largo peregrinar por el mundo. Mas insistimos, ¿cómo hacerlo?, ¿cómo aliviar el alma del agobiante peso de las faltas? La Logosofía responde con la seguridad absoluta que caracteriza sus pronunciamientos. Y responde no sólo afirmativamente sino que enseña también la forma de realizarlo.

Mientras el hombre no tenga conciencia de hallarse facultado para reparar sus faltas, las repetirá incesantemente por ausencia de nociones sobre su capacidad de redimirse. Cuando toma conciencia de esa realidad y sabe que sólo él, únicamente él puede borrarlas mediante acciones reparatorias que excedan la dimensión de las mismas, experimenta la inefable felicidad de sentirse libre del engaño en que vivió al creer que otro podría redimirlo por él. Si arrojáis piedras contra vuestra casa, romperéis vidrios y provocaréis estropicios en ella; si dejáis que vuestros

campos se llenen de malezas, no enmendaréis vuestra incuria implorando ayuda de la Providencia o confiando que baje alguien del cielo para limpiarlos. No, esto no acontece nunca, porque va contra la ley misma que establece para el hombre una línea de conducta en su evolución. Tampoco sería honesto ni sensato pretender que otros subsanen los daños hechos por nosotros mismos.

Se comprenderá, por otra parte, que Dios no puede condolerse frente al acto emocional de un ser que manifiesta su arrepentimiento por las faltas que ha estado cometiendo. Instituido en el ser humano el proceso de evolución consciente, tócale a él mismo juzgarse. A nadie más que a él corresponde, pues, condolerse y consternarse por la situación creada. Si Dios admitiera su arrepentimiento como suficiente justificación para absolverlo de sus actos equivocados, se lo impedirían al punto las mismas leyes por Él creadas.

El arrepentimiento invocado en un acto de emoción no evidencia en modo alguno que el ser esté verdaderamente arrepentido. El estremecimiento que le produce la confesión de sus faltas, por

sincero que sea, no es más que una promesa. De por sí, el arrepentimiento no elimina la causa del daño; aun siendo profundo, puede desaparecer de la conciencia antes que la falta haya sido saldada. ¿Cómo pretender absolución si antes no se ha dejado constancia de la sinceridad del propósito? Se impone, es evidente, que el propósito de enmienda perdure hasta alcanzar su realización; demostrar con hechos la comprensión del error y poner empeño en subsanarlo mediante la eliminación de las causas que le dieron origen, o haciendo, como decíamos antes, un bien de mayores dimensiones que el error cometido. En otras palabras, el propósito de enmienda debe evidenciarse en la realización de actos meritorios. He aquí un medio de alcanzar el verdadero perdón; un perdón que eleva la moral humana, otorgado por un tribunal que dictamina dentro del propio ser.

Toda vez que pongamos manos a la obra y nos rehabilitemos ante nosotros mismos salvando el perjuicio con la debida comprensión del error cosecharemos al instante el sustancioso fruto de una experiencia positiva. Si nuestro mal proceder ha perjudicado a un semejante y por diversas circunstancias no nos es posible repararlo con un

acto nuestro que lo beneficie, hagamos entonces ese bien a otros —cuantos más mejor— en la seguridad de que la falta quedará saldada. Proceder de otro modo implica fomentar el desarrollo ciego del instinto inclinándolo hacia el mal, ese terrible flagelo del fuero interno que apaga la luz del entendimiento y hace reincidir al causante en sus yerros. Cuanto más libre se siente el espíritu de la carga que soporta, tanto más apto se hallará para prestar su invaluable auxilio al ente físico.

Debemos señalar aquí algo de singular importancia, que habrá de ser tenido en cuenta por quienes nos lean y se dispongan a ensayar nuestro método¹ para comprobar por sí mismos estas verdades. El bien ha de hacerse conscientemente, saber para qué se hace; y que en todos los casos tenga un fin altruista, verdaderamente generoso. Si hacemos el bien a una persona, fijémonos antes que ese bien no haya de morir en ella, pues brindarlo a un ser egoísta implica una evidente pérdida de volumen en su expresión humanitaria. Pero si le hacemos comprender que nuestro pensamiento lleva por finalidad lograr que él mismo sienta la necesidad de ayudar luego a otros, tanto o más urgidos que él, habremos preservado nuestro bien de una segura merma.

Quien fue ayudado no podrá reclamar más auxilio nuestro si su comportamiento posterior, observado por nosotros, no se ajustó al consejo que oportunamente se le diera.

Agregaremos aún que el espíritu, limpio de toda mácula, sólo busca una cosa: el bien. El hombre, por influencia innegable de su espíritu, también lo ha buscado siempre. Mas, ¿por qué no crearlo en sí mismo? ¿Acaso es posible encontrarlo o merecerlo por el solo hecho de haberlo buscado? He aquí dos preguntas no exentas de interés para quien se hallare empeñado en esa búsqueda. Pero aún cabría una tercera: ¿Cómo crearlo?

Tengamos primeramente en cuenta que, para la Logosofía, ser bueno o ser mejor significa ser más consciente. Solamente así puede llegarse a bueno en el amplio sentido del término. De lo contrario la bondad, esa bondad que no nace en la conciencia, puede ser peligrosa; en determinado momento puede trocarse en algo que no es bondad. Sobre esa base, quien se propusiera crear el bien dentro de sus dominios, comenzará por crear en él pequeños bienes. La suma gradual de esos pequeños bienes irá formando con el tiempo un gran bien, como sucede en quien ahorra día a día pequeñas sumas, las cuales, incrementadas, se

convierten después en un capital considerable. Conforme a esa misma ley hereditaria, el bien adquiere y adquiere volumen dentro de cada uno, hasta indicar que ha nacido en nosotros una innegable capacidad, no sólo de prodigarlo sino de saberlo prodigar. Todos esos bienes, reunidos, son más valiosos que los materiales porque perduran a través de las épocas, de los siglos, como una pequeña creación dentro de la Gran Creación. Cabe, pues, al hombre la posibilidad de dar vida a una creación pequeña, modesta, pero eterna como la Creación, porque él mismo se ha ido integrando con partículas extraídas de ella.

Muchos métodos utilizados hasta el presente para tratar los males que afectan a la criatura humana habrán de cambiar en el correr del tiempo, y ello acontecerá sin duda en franco acuerdo con nuestra afirmación, al considerarse que la ignorancia y la inconsciencia son los males más graves que soporta. De tales males parte cuanto el hombre lleva a cabo en perjuicio propio, al predisponerlo de continuo a desviaciones y equívocos. Se impone, pues, anular una y otra causa, y ya no habrá de experimentar las luchas de antes

entre sus dos naturalezas, porque al concentrar sus fuerzas en la eliminación de los males que lo afectan, amplía también su conciencia con los conocimientos adquiridos, todo lo cual le proporciona la felicidad de constituirse en testigo consciente de su propia vida.

XV

**EL AUXILIO DE DIOS LLEGA AL HOMBRE
ÚNICAMENTE POR VÍA DEL ESPÍRITU**

En sus momentos de dolor, de grandes padecimientos morales o físicos, cuando el ente humano, quebrantado, clama por una ayuda superior, no se le ocurre pensar que es el espíritu, precisamente, quien le da el aliento y el consuelo que demanda con urgencia.

Habitualmente invoca a Dios sin tener en cuenta que, aunque atendiera su pedido, Él le haría llegar su auxilio solamente por medio de ese singular agente nuestro, el espíritu, único apto para ampararlo en momentos de extremas dificultades. No podemos admitir sensatamente que Dios, que atiende todos los procesos de la Creación, donde evolucionan incontables millones de soles, planetas

y mundos bajo su imperio absoluto, distraiga un solo instante en asistir a esta o aquella criatura, de las tantas que reclaman su divina ayuda en la inmensidad del cosmos.

Como complemento de lo anterior es bueno recordar lo que más de una vez hemos afirmado: los seres invocan a Dios en sus momentos de desventura pretendiendo un amparo inmediato, sin advertir, en cambio, que pocos lo hacen como homenaje de gratitud por sus momentos de felicidad y menos aún para mostrarle el fruto de sus esfuerzos por vincularse a su maravillosa Voluntad plasmada en la Creación. Preciso es, pues, recordarlo también en momentos de alegría; el recuerdo no sólo pierde así carácter especulativo, sino que brota de la gratitud por la felicidad que se vive. Entonces sí el espíritu individual puede elevar el alma y conectarla a vibraciones superiores.

Si no se tiene una exacta noción de los verdaderos valores del espíritu no es posible comprender hasta qué punto y en qué medida puede prestarnos su asistencia. Si lo negamos por no tener de él una constancia objetiva y precisa, estamos impidiendo toda actuación suya en favor nuestro. Pero si pre-

paramos nuestro sistema mental y nuestro sistema sensible, organizándolos debidamente, le ofreceremos óptimas oportunidades de manifestación, obedientes a sus propias necesidades más que a las de nuestro ente físico. Con ello obtendremos constancia de los beneficios conferidos por el espíritu como agente directo entre el Creador y el hombre a través del largo camino que conduce a Él.

Aun cuando ya nos hemos referido a ello en anteriores capítulos no estará de más reiterar que el hombre debe elevar sus miras y propiciar su avance ininterrumpido hacia estados de creciente perfeccionamiento, lo que no sólo favorece la libre expansión del espíritu, sino que lo convierte en heredero de los bienes que la Voluntad Suprema le tiene reservados.

XVI

AUTONOMÍA DEL ESPÍRITU

El espíritu goza de una autonomía absoluta, por lo mismo que es de esencia eterna y existe sin las limitaciones propias de la naturaleza humana. Esto debe llamar a la reflexión a todo hombre con preocupaciones amplias de saber, para valorar en su justa importancia la enorme ventaja que le depara su vinculación e identificación con él.

Nadie negará que el espíritu ha permanecido para su persona como un ente extraño, a quien no se dio en momento alguno participación activa en los actos de la vida. No obstante, ya lo dijimos en otro capítulo, el espíritu nunca dejó de aguijonear al ser físico inquietándolo, incitándolo a la búsqueda, pese a las resistencias, indecisiones y

pretextos que incidieron sobre su vida manteniéndola en constante oscilación, mientras el tiempo transcurre inexorable y el peregrinaje se torna más y más penoso.

El mensaje que la Logosofía trae al hombre se define en el propósito de hacerle comprender que su existencia transcurre en permanente desconexión con su propio espíritu y que, en consecuencia, sólo disfruta de su «experiencia personal» en el breve transcurso de su existencia física. No puede echar mano de la gran experiencia que atesora su espíritu, porque ello es tan sólo posible mediante el proceso de evolución consciente.

Cuando el hombre busca oportunidades para que su inteligencia se ilumine con las luces del conocimiento y su sensibilidad se prodigue en las manifestaciones sublimes que le son propias, el espíritu lo asiste y preside todos los actos de su vida. Ésta asume entonces características que la distinguen de la que antes vivía. Hay en ella optimismo, energía, nobles afanes.

Nunca insistiremos lo bastante sobre la influencia extraordinaria que el proceso de evolución consciente ejerce sobre la vida al restituir al ser, con frecuencia víctima de alteraciones que des-

figuran su temperamento, un grado ponderable de equilibrio psicológico. En tanto el ser piensa relacionando íntimamente pensamiento y conciencia, el espíritu respira libremente dentro de la vida, se expansiona, comparte las alternativas que se le presentan. Comúnmente es el ser físico o alma quien enfrenta el rigor de las luchas diarias, a veces en extremo adversas. Cuántos han sucumbido y cuántos viven amargados bajo el peso de tales situaciones. ¿Por qué? Justamente porque el ser lucha solo, sin el auxilio directo del espíritu. La Logosofía deja sobradamente probado que cuando el ser físico propicia la compañía del espíritu, cuando le busca, triunfa, vence obstáculos, trasciende dificultades, sabe en todo momento sostener su vida con decoro, con pureza, con grandeza de alma.

La autonomía del espíritu aparecerá con mayor claridad si agregamos, a lo anterior, que el espíritu no se halla sujeto al ente físico ni bajo su dependencia. Por el contrario, es el ser físico quien debe someterse a su influencia y prepararse para recibir de manos del espíritu el inapreciable aporte de su herencia. Ese aporte, que el espíritu custodia rigurosamente, es entregado al ser por

partes y sólo mediante probadas demostraciones de eficiencia; vale decir que es el espíritu quien dispone y no el individuo, aun cuando sea del arbitrio de este último ceñirse en un todo a los requerimientos del primero. Como se apreciará, siendo el espíritu el gran agente creado por Dios para animar y activar el ser físico, su intervención está regulada por los avances de éste en el camino de la evolución consciente, la que al fomentar el impulso del espíritu, le permite dosificar la herencia individual, que es entregada al ser a medida que se hace acreedor. El espíritu deja así constancia de su autonomía, manifiesta en lo que retiene y otorga.

Como ente autónomo, y no obstante la distancia que le impone el alma debido al desconocimiento humano, el espíritu mantiénese ágil y siempre vigilante, dispuesto a intervenir en cualquier circunstancia propicia y facilitar soluciones de emergencia extrema para la vida del hombre. Es sumamente veloz; concibe y determina instantáneamente lo que conviene o no conviene hacer.

La autonomía del espíritu queda asimismo

probada por una serie de hechos confirmatorios¹. Ejemplo: Ante algún apremio un hombre busca desesperadamente una solución feliz y no la halla. Acontece, sin embargo, que, tras una noche de fatigoso insomnio, despierta y encuentra de súbito la forma de resolverlo. ¿Quién manejó su inteligencia cuando, adormecidos los sentidos, cesó el dominio de sus facultades? Fue, pues, su espíritu quien intervino e hizo llegar la solución que en la vigilia no fue capaz de encontrar por sus propios medios el ser físico. Negar esta realidad sería como clausurar las puertas de acceso a un nuevo mundo en el que las posibilidades humanas cobran inusitada trascendencia, y desaprovechar, desde luego, la asistencia que nos presta este extraordinario agente que, aun integrando nuestro ser y nuestra vida, permanece ignorado por quien tanto podría esperar de su eficacísima ayuda. Nos estamos refiriendo al hombre común, para el que ni dentro ni fuera de su persona existe otra cosa que su cuerpo, al que tanto adora, y su mentado «yo» en el que encierra todo su egoísmo y concentra el *súmmum* de sus esperanzas.

El ejemplo citado ilustra sobre la forma como

¹ Véase *El mecanismo de la vida consciente*, Cap. X, pág. 89.

el espíritu aprovecha los momentos en que el ente físico duerme, para usar de la mente y los pensamientos que moran en ella, permitiéndole en no pocas ocasiones recordar, cuando aquél despierte, la solución que buscó en vano durante la vigilia.

Entre tantos otros hechos que nos revelan la acción aislada del espíritu, tomemos el caso de un hombre que, dispuesto a quitarse la vida, debió inesperadamente asistir a un entierro. Al observar al muerto, se vio a sí mismo después del suicidio; el hecho lo impresionó de tal manera, que por primera vez le otorgó a la vida su valor aproximado y comprendió que no debía desaprovecharla, que la vida es una gran escuela donde se acude a aprender y a realizar trascendentalísimas lecciones. ¿No se advierte a través de ese hecho el imperio de una fuerza que obró al margen de una mente enajenada por la depresión y el dolor? ¿No obró allí súbitamente el espíritu?

Es el espíritu, indudablemente, quien alienta la vida y la sostiene cuando debe sobrellevar el hombre los trances amargos de su existencia. No nos equivoquemos pensando en otra cosa o desechando tal realidad, porque ello implica una enorme piedra en el camino que impide nuestro

ascenso a los dominios del espíritu en la plenitud de nuestra conciencia.

Podemos observar, por ejemplo, que cuando nos encontramos en el paroxismo de un dolor o sufrimiento que supera nuestras fuerzas, las resistencias físicas y morales ceden como si nuestras reservas se hubiesen agotado. Es en esos momentos cuando suele sentirse y experimentar la inesperada asistencia de algo asombroso. Una fuerza interna, desconocida, nos alienta y reconforta sosteniendo y aplomando nuestro ánimo. ¿Quién hizo surgir esa fuerza, calmando nuestro dolor y ahuyentando de la mente los pensamientos sombríos que hacían recrudecer nuestra tristeza? Repetimos: nadie se engañe más atribuyéndola a factores extraños; por ponderables que éstos sean resultarán siempre ajenos a nuestra realidad y, por lo tanto, inconciliables con nuestra razón de ser, de pensar y de sentir. Es el espíritu, por consiguiente, quien además de perpetuar, como ya hemos dicho, la esencia de nuestro existir, nos infunde en cruciales circunstancias el valor extrafísico que sólo él puede infundir. Cuánta dulzura se derrama entonces sobre la vida, cuánta fuerza interna surge, si no para resolver la dificultad, para sobrellevarla al menos con entereza. Y nunca jamás se

ha negado el espíritu a compartir los dolores del ser físico, sobre todo cuando éste le invoca con su pensamiento. Sepamos, pues, reverenciarlo guardando en lo más íntimo de nuestro ser el respeto que le debemos. Se romperá así el hechizo de tanta superstición que desde siglos y milenios impide a los hombres superar sus contratiempos y despertar en un mundo al que sólo mediante el propio espíritu puede tener acceso.

Quisiéramos aclarar ahora algo muy importante: no siempre el espíritu se manifiesta en la forma descrita. En muchísimos casos se abstiene de intervenir porque sabe que ciertos sufrimientos son motivados por culpas o errores reiterados en quienes los padecen. En este caso el sufrimiento obra de filtro depurador, sin que por ello descargue el causante su deuda, ya que no media proceso alguno de comprensión al respecto. En otros términos, aunque el dolor depura el alma de la contaminación reiterada, subsiste el débito moral del ser con su propio espíritu.

XVII

DESINTEGRACIÓN DEL ESPÍRITU POR INERCIA

Conviene especificar, para que no quede la menor duda, que, aun cuando el espíritu individual sea el depositario de todo el mal hecho por aquél a quien anima como lo es respecto del bien, su naturaleza no se contamina, pero la pesada carga de las faltas cometidas lo va inmovilizando hasta hacerlo sucumbir por inacción; ello acontece cuando se ha colmado su capacidad de resistencia. Esta es, en verdad, la muerte segunda, la definitiva¹.

¹ Pese a las grandes prerrogativas que el hombre tiene de perpetuarse a través de la herencia, hecho éste que se define y concreta en la formación superior de la conciencia al alcanzar el alma sus reales objetivos de una permanente acción evolutiva, esa perpetuación no podrá ser satisfecha si se burlan las leyes o infringen los preceptos que determinan el avance hacia tales objetivos. «La herencia individual puede sufrir relajamiento, y ese relajamiento llevarla

Ahondaremos un poco más en el tema con el objeto de que nuestra palabra llegue más clara al lector. Ha de entenderse por desintegración del espíritu la desconexión definitiva entre éste y la conciencia individual, que es, como se ha dicho, la que absorbe el saldo de los valores decantado de las experiencias positivas y negativas lo mismo que el de los conocimientos.

A la perpetuación del espíritu interesa solamente lo positivo intraindividual o, en términos logosóficos, la suma de los conocimientos superiores adquiridos y de las obras de bien que con esos conocimientos se hayan realizado en las diferentes etapas de la existencia; más concretamente aún, la esencia de los pensamientos que presidieron cada una de esas etapas de vida y dieron a las mismas un contenido ejemplar.

inclusive a su disolución como línea que individualiza al hombre dentro de su especie. Esto tiene su causa en la depuración lógica que la ley de herencia lleva a cabo por vía de selección, ya que poco importaría a los mismos fines humanos la perpetuación, por ejemplo, de un hombre que mostrase en todas sus etapas de vida los signos, expresiones o características del bárbaro o del individuo que ha llegado en su descenso más allá de los límites permitidos por la ley» (*La herencia de sí mismo*, pág. 22).

La inercia respecto a las necesidades de orden interno exigidas por el espíritu reiteradamente y a través de múltiples manifestaciones, posterga la formación de la conciencia individual. Ésta puede hacerse, de crónica, permanente, condenándose al espíritu a una inmovilidad definitiva. En este caso no tendría ya objetivo su permanencia en el ser, pues el patrimonio espiritual o herencia de sí mismo habría pasado de la parálisis a la disolución y la individualidad, sustanciada en esa herencia, sucumbido por inacción. El espíritu vuelve entonces a su mundo, el metafísico, para animar a otro ser, otro movimiento y otra vida. Se desintegra, pues, el espíritu individual, vale decir, la suma de rasgos internos que diferencian a un hombre de otro.

La esencia incorruptible y eterna de la Creación guarda el secreto de su perennidad en la renovación constante. La ley de conservación rige, pues, para todo lo que se renueva, lo que cambia y se supera en actividad incesante. Al hombre le ha sido dada esa prerrogativa por la ley de evolución, que significa cambiar de estado, ir de lo inferior a lo superior conquistando progresivamente gra-

dos más avanzados de conciencia. Cambiar de estado significa preparar la mente y el alma para que puedan alcanzar los contactos luminosos con el mundo metafísico. En esa constante labor de autoperfeccionamiento el ser va eliminando de sí, por efecto de la renovación y desarraigo de viejas tendencias, de creencias absurdas y conceptos de evidente fondo irracional, el cúmulo de faltas, errores y deficiencias psicológicas que no sólo lo mantenían en la más completa desorientación, sino que constituían también la causa de su inhabilitación moral y espiritual.

Véase ahora cómo la Logosofía penetra profundamente en el significado de cada palabra, expresión o concepto que el hombre ha escuchado y escucha sin explicarse bien su contenido.

Hemos dicho que el ente espiritual fenece de consunción por inercia, hecho que, intuido en épocas pasadas, dio lugar a que se creyera que durante ese trance sufre el espíritu los tormentos de su aniquilación. Sobre ello no vamos a ocuparnos ahora porque responde a otro género de pronunciamientos. Lo cierto es que la imaginación de los que tal cosa intuyeron los ha llevado a concretar el supuesto tormento en las «llamas del infierno»; desde entonces se ha venido repitiendo que los

«espíritus pecadores se queman eternamente» en las hogueras infernales. La Logosofía declara y sostiene que siendo inmateriales los espíritus, son también incombustibles, y que en el supuesto de aceptarse aquella tremenda y audaz afirmación, no se infiere de ello otra cosa que, al resistir eternamente la acción de las llamas, el espíritu está probando su absoluta inmunidad a la combustión. Por otra parte, ¿cómo puede el alma humana concebir justicia en Dios, si permite semejante sacrificio? ¿Y cuál sería su objeto?

Cabe asimismo preguntar: ¿Es posible que Dios, que ha creado la infinita inmensidad de los mundos, que ha encerrado en el átomo un maravilloso mecanismo, pueda permitir que las almas por Él creadas se quemen eternamente? Resulta, pues, insólito e inadmisibile un ensañamiento que pone al descubierto a un Dios tan despiadado; a un Dios que sólo puede existir en las mentes alucinadas de quienes inventaron ese enorme dislate.

Hemos hecho alusión a una de las tantas imágenes deprimentes con que se ha pretendido atemorizar al alma sugestionándola y afectando sensiblemente su facultad de razonar. Nuestra palabra, al señalar el error, libera a la conciencia

individual, con lógica irrefutable, de un absurdo ciegamente aceptado.

Una de las causas, quizás la principal de la aniquilación del espíritu, o sea la muerte segunda, es la atrofia de las facultades de la inteligencia, especialmente las de pensar, razonar y observar. Y lo es, porque al no funcionar como deben van anulando las posibilidades humanas de supervivencia, desde que cierran las puertas al devenir del espíritu; a ello han contribuido en grado máximo las creencias fanáticas o ciegas. El hombre, acostumbrado desde niño a buscar tutelajes para su alma, se incapacita espiritualmente para bastarse a sí mismo. Hoy se debate entre la esclavitud de las formas mentales que lo oprimen y las ansias de saber, sin otra alternativa que la de pensar estrictamente lo necesario para moverse dentro del orden físico. No sabe dar a lo espiritual el lugar preponderante que debe ocupar dentro de la vida y así permanece, a través de los siglos, postergado, detenido en su evolución.

Es virtud comprobada de la ciencia logosófica despertar las facultades de la inteligencia; y no sólo despertarlas, sino ponerlas en actividad. Cuando éstas rompen las trabas de la sumisión

interna, el hombre conquista la tan ansiada libertad de conciencia, moviliza su facultad de razonar y obtiene seguridad en la elaboración de sus juicios, seguridad que le ampara contra todo engaño, contra toda mistificación, provenga de donde provenga.

En los casos de embrutecimiento el espíritu permanece ausente, imposibilitado de toda actuación constructiva, porque el sistema mental funciona tan defectuosamente que no le es posible la menor intervención en la vida del ser. Una cosa similar acontece en quienes han renunciado a su individualidad para dejarse absorber por el número; convertidos en hombres-masa pierden toda posibilidad de recibir el menor auxilio del propio espíritu. Ese auxilio se interrumpe, en efecto, pues la mente del hombre-masa no responde a la propia voluntad sino a la ajena; obedece tan sólo a quienes le imponen sus dictados con la amenaza de severas represalias.

Los que viven en estas condiciones rara vez consiguen por sí mismos recobrar su individualidad. Han retrotraído sus vidas a épocas que debieron trascenderse para no quedar rezagados en el camino de la evolución. Sin embargo, tenemos fundadas

esperanzas de que el conocimiento logosófico, tan estimulante como fecundo, logrará finalmente despertar en ellos el anhelo de ser libres y dueños de sus propios destinos, pues no puede negarse el derecho que el hombre tiene de crecer libre, a fin de que los rasgos de su espíritu se dibujen en él con plenitud.

Hemos sentado en este capítulo que el espíritu humano, cuya vida perdura a través de cada período de existencia física, puede no obstante sucumbir y llegar a su total desintegración. Triste fin para quien desconoce o no tiene en cuenta que le ha sido reservado un destino mejor. Frente al cuadro desmoralizante que tales seres ofrecen, resulta sin duda grato y despierta optimismo saber que cuando la vida es sustentada y fortalecida por conocimientos que encarnan la savia con que se nutre su perennidad, el espíritu continúa existiendo, porque se lo ha dotado de las fuerzas necesarias para que viva siempre. No podrá por lo tanto negarse lo que hemos sostenido reiteradamente: que quien realiza la verdadera función de la vida, sobreponiéndose a todas las contingencias que puedan suscitarse en su andar por la tierra,

forja un destino superior al común de los seres, un destino amplio, inundado por la luz de verdades, conquistadas y jerarquizadas por la presencia inmanente del espíritu.

XVIII

RUMBOS EQUIVOCADOS

Es lógico pensar que las verdades descienden de lo alto en la medida que los seres humanos pueden necesitarlas o merecerlas. En determinada etapa del descenso las verdades se desglosan y así, mientras se desprende una parte de ellas y se manifiesta en lo físico, la otra permanece en el plano mental, espiritual o metafísico. De donde resultan las dos realidades que configuran la verdad, física una y espiritual la otra; esta última es la prominente y la que perdura a través del tiempo por estar consubstanciada con la médula misma de la Creación. Siendo ambas de la misma esencia cabe pensar que tan real es una

como la otra, por cuanto la física se desprende de la espiritual. Ahora bien, la conformación de la mente humana no permite al ser internarse en el plano espiritual sin alcanzar antes el grado de superación necesario para no extraviarse. Sabemos de las sanciones inmediatas y mediatas que existen cuando en acción temeraria se pretende penetrar en él: pérdida de la razón, desconexión de la sensibilidad humana con la realidad física y espiritual. No debe olvidarse nunca que en la Creación todo es natural, y que cuando alguien intenta forzarla para edificar uno u otro concepto equivocado de la realidad, sobrevienen las sanciones.

Nuestro propósito es instruir en la verdad. Para ello debemos esclarecer, por considerarlo necesario, lo que ha constituido una obsesión en muchas almas desprevenidas y hasta en algunos hombres de ciencia. Nos estamos refiriendo a las llamadas «prácticas espíritas» que en el siglo XIX encontraron por su novedad eco propicio entre las gentes. Un limitado grupo de científicos creyó dar con la veta que los conduciría a notables descubrimientos y se lanzaron a investigar las actuaciones fenoménicas de los médiums. No descartamos, sin embargo, que los guiaba el deseo de arrancar

algún secreto a la esfinge del mundo metafísico, pero nada de eso ha ocurrido. Más de uno cedió, en cambio, a la tentación de sentir los efectos nada constructivos de la sugestión que el ambiente tétrico y los decires y contorsiones de los «posesos» les producía.

Han pasado muchos años desde que se promoviera aquella expectativa sin que se haya obtenido hasta el presente ninguna confirmación seria, ningún adelanto que dejara entrever siquiera algo de verdad al efectuarse las investigaciones. Grupos sectarios o sociedades seudoespiritualistas insisten aún en demostrar, por medios poco recomendables, vivencias metafísicas que no pasan de meras visiones quiméricas imaginativas.

Vamos a explicar ahora, por ser indispensable para una mayor compenetración de cuanto hemos expuesto sobre el espíritu, que no es posible pasar por alto las enormidades suscitadas en torno del mismo. En efecto, se ha pretendido, y se sigue insistiendo aún en los medios espíritas, que las personas que acuden a ellos en demanda de consolación se comunican con los espíritus de los muertos por conducto de los médiums. Para destruir tamaña invención bastaría recordar que las leyes que rigen la vida psíquica y mental del

hombre impiden trasgresiones de cualquier naturaleza. Es tan absurda la pretensión de invitar a espíritus ajenos a usar de nuestro ente físico, que nos vemos obligados a llamar a la reflexión y sensatez general. Obsérvese que si el médium permanece ajeno al conocimiento de su propio espíritu —como lo demuestra su cabal ignorancia—, si no ha intentado nunca llevar a cabo una investigación seria y sensata sobre él, no puede atribuirse el privilegio de un acceso al «más allá» y, menos aún, pretender que vengan a él espíritus extraños, se posesionen de su ente físico y sirvan para consumir un espectáculo ridículo, carente de verosimilitud. ¿Es que la gente que practica espiritismo no tiene noción alguna del respeto que debe merecerle el dolor del deudo y la memoria del difunto?

Sucesores de la antigua nigromancia, los espíritas de hoy basan su creencia en las descontroladas manifestaciones de sus médiums, en las que el poseso en «trance», tal como lo consideran sus sostenedores, evoca al espíritu que le hayan solicitado a fin de que éste se manifieste en él y exprese sus deseos y pensamientos. Cabe preguntar aquí si es posible que un ser de escasas luces, con desconocimiento absoluto de las leyes

universales, que no ha sido capaz de experimentar en sí mismo la presencia de su espíritu, pueda someter a su antojo a espíritus ajenos y, menos aún, como a veces se pretende, superiores a él. ¿O será que se busca engañar de algún modo la razón para conformar a determinado pensamiento que nos obsesiona? No otra cosa le habría acontecido al hebreo Saúl cuando, según las Escrituras, hizo evocar la sombra de Samuel valiéndose de la pitonisa de Endor.

La imaginación juega, ciertamente, papel protagónico en este género de visiones quiméricas. Es bien sabido que la superstición viene de muy antiguo. Surgió del oscurantismo que en lejanas épocas reinaba, enseñoreándose hasta de las figuras más descollantes. La evocación de Ulises a Tiresias, narrada por Homero, muestra la exaltación del héroe que busca, más que la aparición del espectro, la inspiración del adivino. Aun cuando se trata de mera ficción, resulta interesante destacar la sutileza del sabio poeta griego al preferir lo posible a lo imposible.

Por si fuera poco lo que hemos dejado esclarecido, diremos que si hubieran sido ciertas las experiencias de los médiums, si tan fácilmente se hubiese podido establecer contacto con el más

allá, ¡cuántas cosas de incalculable trascendencia hubiera sabido ya la humanidad sobre el mundo metafísico! El hecho de permanecer aún a oscuras prueba la audacia de tan pueril mistificación. Convéngase con sinceridad que ningún espectáculo fenoménico, por atrayente que sea, podría conformar jamás al juicio, ni a la conciencia, ni mucho menos al espíritu de nadie.

XIX

DEL DESCANSO ETERNO

A lo largo de esta obra, y siguiendo nuestra invariable norma de trabajo, no nos hemos apartado un ápice de su trazado recto y convincente, como lo exige la trascendencia de los temas abordados en cada capítulo, cuya vital importancia para el futuro del hombre y de la humanidad se advierte al instante. Nuestra palabra, asistida permanentemente por la fuerza que generan las verdades en que se apoya la Logosofía, tiene un poder vivificante y constructivo que incide directa y eficazmente sobre el alma humana.

Vamos a referirnos ahora a cierto predicamento de arraigo milenario: el «descanso eterno» que debe desearse a todo espíritu cuando abandona

este mundo. Previamente formularemos tres interrogantes en nombre de la sensatez y de la lógica:

1º) ¿Hay alguien que en un período de vida física —efímero en relación con la infinitud del tiempo cósmico— haya trabajado tanto como para hacerse acreedor a semejante ocio?

2º) ¿Qué espíritu evolucionado consentiría recogerse en sí mismo, en perenne holganza, mientras tantas almas humanas, a quienes podría ayudar, sufren en el mundo?

3º) ¿Quién puede aspirar al descanso eterno sabiendo que su espíritu debe continuar la evolución prefijada por la ley?

De nuestra parte, quedaremos muy agradecidos si se nos desea eterna actividad, pues la actividad es energía y la energía el motor que impulsa la existencia en cualquiera de sus manifestaciones. Descanso eterno es, por el contrario, inmovilidad, es la muerte segunda, el caos, la nada. Mientras la actividad ensancha la vida, la inercia la comprime con riesgo de hacerla desaparecer.

Se infiere de lo expuesto que, impensadamente, se tendrá un mal pensamiento para con aquél a quien se le desea «descanso eterno». Lo conceptuamos, pues, una muestra palmaria de lo ajenas

que están ciertas comunidades a la realidad que la Logosofía descubre acerca de la evolución consciente, conocimiento que da la noción básica sobre la posible perpetuidad del espíritu a través de todos los ciclos de su existencia.

Cada ser humano que se precie de tal en la más alta expresión de su significado debe intuir que su creación obedece a una finalidad superior y que, por lo tanto, no puede limitar su vida a la rutinaria y simple tarea de vivir y morir bajo el influjo de una concepción materialista que nada le concede fuera de las prerrogativas comunes de un mero existir diario. Su quehacer fundamental, es decir el que lleva a cabo fuera de sus obligaciones de orden físico o material, debe concretarlo en vivencias altamente constructivas para su evolución. ¿Cómo? Interesándose vivamente en la conducción consciente de la vida hacia un destino que trascienda por entero al común. Nuestra ciencia satisface con amplitud esa aspiración y lleva a cada individuo a penetrar hondamente en los misterios de la propia existencia.

Barrida así la duda, se adquiere la certeza de que ni en la vida ni en la posvida un descanso prolongado conviene a nadie. La inercia desintegra

la materia, privando la misma ley para el espíritu individual.

Dios no puede alentar vida en aquellas almas que contrarían la gran ley de evolución, que llena de energía el universo y que es actividad permanente. Conviene tomarle gusto a la actividad, en este caso a la actividad consciente, ya que nos estamos refiriendo a la que interesa preferentemente al espíritu. Esa actividad es la que nos hace experimentar el fluir constante de la vida, pues promueve su enlace con la energía de la Creación, ese aliento imperceptible, fecundo, que da estabilidad a todo cuanto existe.

Cuando el espíritu se sustenta con los elementos siempre activos de lo eterno se hace invulnerable a la acción del tiempo, que jamás afecta a lo que permanece activo, con vida, unido al aliento de la vida universal.

Confiamos en que el lector haya podido apreciar la importancia de nuestros conocimientos, que permiten experimentar la sensación de eternidad desde este plano físico con sólo saber que puede dilatarse el tiempo de las horas mientras se vive intensamente la vida, con profundidad y holgura.

SEGUNDA PARTE

LOS SUEÑOS

CINCO INTERROGANTES PREVIOS

¿Son los sueños el espejo fiel de una realidad a la que todavía no tenemos acceso?

¿De qué le ha valido al hombre el intento de interpretarlos sin tener en cuenta sus verdaderas dimensiones y alcances?

¿Qué ocurre al margen de nuestros sentidos y de nuestra conciencia en la penumbra de nuestro acontecer diario?

¿Quién maneja durante el sueño nuestras facultades mentales produciendo y reproduciendo vivencias, haciéndonos experimentar sensaciones tan reales como las de la vigilia o causando a nuestra sensibilidad no pocos sobresaltos?

¿Cómo registrar conscientemente esas vivencias o actuaciones en el plano metafísico mientras nuestros sentidos cesan en su cometido y perdemos conexión con la realidad que nos circunda?

A la verdad sólo se llega por medio de conocimientos que despejan las sombras de lo incierto. Los sueños no pueden escapar a esta ley; en consecuencia, por ese mismo conducto habrá de descubrir el hombre al gran agente que los promueve.

XX

**EL ESPÍRITU COMO FACTOR
DETERMINANTE DE LOS SUEÑOS**

Nadie ignora cuánto se ha hablado y escrito sobre los sueños. Infinidad de obras y de autores pretenden explicarlos e interpretarlos, y en torno de esa enigmática expresión psíquica —fenoménica para algunos— se ha tejido toda suerte de conjeturas. Mas lo cierto es que nadie hasta el presente ha despejado la incógnita planteada por los sueños a la inteligencia humana, y los esfuerzos realizados hasta aquí se han perdido en la nebulosa que envuelve su fisonomía.

Nuestro propósito es dedicar parte de este libro a tan zarandeada cuestión para explicar los alcances que le otorga la concepción logosófica, su significado lógico y su trascendencia como he-

cho que debe interesar vivamente a la conciencia humana.

Para mayor claridad de las exposiciones que siguen partiremos de un punto perfectamente establecido: una cosa es el acto de dormir y otra, muy diferente, la función de soñar. Frecuentemente suele decirse «durante el sueño» para significar «mientras se duerme», de donde resultan unívocas dos frases de diferente contenido. Se sabe que el dormir es una necesidad somática impuesta por la ley de conservación, que regula la función biológica del organismo humano. El soñar responde en cambio a otras necesidades, no precisamente físicas sino del espíritu.

Aseveramos que la facultad de soñar es privativa del espíritu por ser el único que la usa y, por supuesto, que la sabe usar. Es por excelencia el instrumento que el espíritu emplea para satisfacer importantes necesidades de su función rectora. Esta función comienza a ser perceptible para el hombre en virtud del proceso de evolución consciente, que promueve, según quedó claramente expresado en capítulos anteriores, el contacto gradual entre el ente físico y el espíritu. Para realizar tal función el espíritu se vale de las facultades

de la inteligencia de la mente inferior o común¹ e inclusive de los pensamientos que ésta alberga, ya para conocer las actuaciones del ente físico y extraer de ellas lo positivo, ya para agilizar o adiestrar las facultades de la mente superior, observando los pensamientos que en ella se han ido alistando.

El hombre sabe que sueña, pero ignora que soñar es una facultad de la mente; facultad que, al mismo tiempo, constituye una de las más grandes prerrogativas concedidas a la inteligencia humana. No se trata, pues, de una facultad como las que integran la inteligencia según lo hemos especificado en otros libros al referirnos al sistema mental. Y no lo es porque acciona sin intervención de los sentidos y al margen de la voluntad del individuo; prescinde inclusive de la misma conciencia, cuando carece de conocimientos que le permitan abarcar la actividad del espíritu. Usa ella en cambio las facultades de la inteligencia y los sistemas sensible e instintivo. Más que una facultad, soñar es el poder que asiste al espíritu para usar la mente y demás recursos psicológicos que le ofrece el ente físico mientras duerme y asistirlo en su evolución.

¹ Véase *Logosofía. Ciencia y método*, Lección III, pág. 43.

Los sueños son, pues, resultados de la intervención directa del espíritu individual producida mientras el ser duerme. Al tornarse conscientes evidencian lo que el hombre puede alcanzar en la vigilia en tanto procura establecer el enlace de su espíritu con su conciencia.

El solo hecho de conocer la existencia de la facultad de soñar, de conocer tan sólo algo de sus maravillosas funciones, ayuda a pensar seriamente en esa portentosa creación que es el hombre mismo, dotado de un mecanismo psicológico que, organizado, lo haría sentirse el más feliz de los seres.

Sobre los sueños se han hecho innumerables planteamientos. Muchos pretenden descifrarlos, darles un significado particular; muchos también han tejido en torno de ellos fantásticas conjeturas, pero nadie expresó jamás que los provoca el espíritu en su constante esfuerzo por hacerse presente en nuestro existir diario.

Queda sentado así que el espíritu, no obstante su inevitable apartamiento de la vigilia por desconocer el hombre su misión, presta a éste su asistencia mientras duerme por medio de la facultad de soñar. Repetimos: cuando el ser físico duerme es su espíritu quien manipula su

mecanismo mental. Téngaselo en cuenta para comprender mejor la realidad que estamos presentando.

Confirma lo expuesto el que no habiendo participación alguna de los sentidos mientras dormimos y hallándose en suspenso la parte consciente y racional, alguien se sirve de nuestra mente y hace que al despertar tengamos la cabal sensación de haber asistido, sin el concurso de nuestra voluntad, a una experiencia psíquica y mental, a veces tan lúcida, que nos permite recordar sus episodios como si realmente los hubiéramos vivido en vigilia. Ese alguien, insistimos, no puede ser otro que el propio espíritu, por ser él quien promueve las vivencias en el ámbito metafísico. Es fácil comprobar que algunas facultades de la inteligencia actúan con la misma fuerza dinámica que las activa en la vigilia, pero lo hacen dirigidas por el espíritu, siendo entre ellas la facultad de recordar una de las requeridas en este tipo de experiencia extraconsciente, medio por el cual el individuo se informa de lo que aconteció o hizo en sueños tanto en el sentido del bien como del mal.

Esto no implica misterio para nadie, como se advierte por las sensaciones que al despertar conservamos de nuestros sueños. Por otra parte, nos

descubre un hecho de suma trascendencia para nuestra vida. Si el espíritu trata de comunicarse con nuestra conciencia y usa de los recursos que le ofrece nuestra naturaleza psíquica al margen de nuestra voluntad, ¿no deberíamos corresponder a esa invitación suya, reiterada tantas veces a nuestro sentir y pensar, volviéndonos hacia él para que reine en nosotros después de haberlo mantenido en el más lamentable exilio? Hemos dicho «exilio» porque, en verdad, a causa de la ignorancia humana hubo el espíritu de sufrir un lamentable desplazamiento o destierro. Sin embargo, así como todo exiliado anhela volver a su medio familiar, así también procura el espíritu estar presente de algún modo en nuestra vida, y lo hace sin infringir las leyes, esto es, en la forma que más se adecua a su naturaleza incorpórea.

Los sueños pueden ser lúcidos o confusos. Cuando la facultad de soñar se conecta con la conciencia, aun circunstancialmente, los sueños son lúcidos; de lo contrario resultan confusos, pues la memoria, ajena en estos casos a las funciones de la facultad de soñar, no puede retener claramente lo soñado al tornar el ser a su estado

de vigilia. La imaginación suele suplir entonces con elementos extraños al sueño la imperfección de la imagen conservada, alterando aún más su fisonomía. En otras ocasiones se tiene al despertar la sensación de haber sufrido una horrible e inquietante pesadilla¹, sin que puedan explicarse las causas que la motivaron.

Rara vez perdura el recuerdo lúcido de algún sueño feliz. Teniendo esto presente se comprenderá mejor la importancia que asume la organización del sistema mental y la fiscalización de los pensamientos que empleamos en nuestras diarias preocupaciones y quehaceres para evitar que nuestros sueños se reduzcan a vagos y, por lo común, insípidos recuerdos.

En no pocas ocasiones uno despierta con la impresión de haber soñado disparates, sin pensar que lo que pasa por la mente a diario tiene más o menos idéntica característica. Para confirmarlo deténgase cada cual a registrar cuanto acontece en su escenario mental desde que se levanta hasta que se acuesta y advertirá la enorme gama de sucesos en frecuente vaivén, que alternan, verbigracia, curiosidad con interés, con preocupación, con

¹ En *El mecanismo de la vida consciente* nos hemos ocupado con alguna extensión del carácter que asumen ciertos sueños y su explicación logosófica, como también de los casos de sonambulismo, pesadillas, etc. (véase ob. cit., pág. 92).

prejuicios, con dudas, etc., cuando no aquellos instantes en que la retina mental imprime, entre otros, pensamientos agitados por la instigación del instinto, la exaltación de las pasiones o el frenesí de la discusión. En suma, durante el día, salvo excepciones, la mayoría de las personas no observa orden en su acontecer mental ni coordinación consciente de sus actos. Con los asuntos serios mézclanse los chistes, los recuerdos de tal o cual episodio no muy selecto, anécdotas maliciosas y cuanto se escucha en el trato diario, que más de una vez contamina la mente, sin olvidar tampoco los pensamientos que a menudo comprometen la conducta. Pues bien, al proyectarse sobre una pantalla panorámica todo lo que desfila por la mente durante un solo día, tendríamos la réplica exacta de nuestros sueños descabellados. Eso probaría hasta dónde el ente físico lleva cuenta de su realidad interna, demostración palmaria de que la conciencia no actúa con oportunidad ni rapidez en cada instante de la vida si no se la adiestra en el cumplimiento de tan alto oficio. Esa demostración confirma nuestra tesis, que asigna a la herencia recogida por el espíritu tras cada experiencia terrena un valor a tono con el uso que se ha hecho de la vida. Así, pues, al advertir el

magro haber evolutivo que hemos logrado reunir, no es difícil inferir con cuánta decepción ha de absorberlo ese custodio imponderable de nuestro haber individual. Pero también podríamos inferir los cambios extraordinarios a favor de la criatura humana si el hombre de hoy aplicara los mismos empeños y energía, destinados al progreso material, en incrementar los recursos potenciales de su espíritu.

Durante las experiencias extraconscientes llamadas «sueños» acontecen curiosos episodios, al margen de toda participación voluntaria de los sentidos. Algunos suelen verse a sí mismos consumando hechos que los estremecen, de vergüenza unas veces, de horror otras, cuyas sensaciones perduran todavía al despertar. Aparentemente resultan inexplicables esos sueños, que nuestra misma sensibilidad rechaza por sentirnos ajenos a tales manifestaciones; ignoramos, eso sí, que se han producido por efecto de alguna lejana reminiscencia. Fácil es en cambio reconocerse a sí mismo cuando el sueño reproduce los pensamientos que predominaron durante la vigilia, pensamientos que alentaron alguna intención morbosa, delictiva, infamante o simplemente

errónea. El espíritu, que los sabe peligrosos, los toma y, agudizando su efecto, proyecta en el ser que anima la imagen de lo que le sucedería si se dejara seducir por ellos. Y aunque la facultad de recordar no alcanzase a retener la visión de lo soñado, la sensibilidad del ser queda a menudo conmovida y se fortalece en virtud de ello para rechazar todo intento de subversión del sentimiento o desvío de la voluntad.

A menudo un vehemente deseo insatisfecho, alguna ambición trunca o la excitación frustrada de los centros internos dejan secuelas psíquicas en el individuo. Súmase a ello casi siempre el sistema instintivo, perturbando los movimientos de la inteligencia. Comúnmente se llama a esto «embotamiento». El individuo reprime movimientos que lo liberarían de la necesidad que experimenta o del pensamiento que lo perturba. Observándolo el espíritu interviene para evitarle el daño que podría causarle la falta de definición de ese conflicto interno, y es entonces cuando, en virtud de su mediación, se promueve en el individuo el desahogo psíquico, reproduciéndose en el sueño las imágenes que configuraron el curso de dicho conflicto.

El espíritu suele participar en tales casos usando a un tiempo dos formas igualmente constructivas. Mientras por una parte deleita al ser físico haciendo que éste lleve a efecto lo que durante la vigilia ha reprimido, por la otra le señala la inconveniencia de fomentar o halagar sus sentidos con determinados pensamientos. Liberado así el ser durante el sueño por su propio espíritu, conserva al despertar la sensación de una comprensión nueva que le define otras formas de conducta; y aun en los casos en que no logra percibirlo claramente, llega a extrañarse de haber ofrecido campo a semejantes apetencias.

Estos sueños de extravío o lascivos se explican si se tiene presente que el espíritu, por ser quien anima al ente físico, no sólo conoce cuanto éste piensa o hace, sino también los sistemas que configuran su psicología, de los cuales se vale para acercarle su auxilio.

No todo cuanto acontece en el escenario mental del hombre mientras duerme es de la índole descrita, pero eso sí, en todos los casos lleva un fin aleccionador tendiente a favorecer el desenvolvimiento evolutivo del individuo, aun cuando éste

no lo tenga en cuenta, o carezca de capacidad o de recursos para interpretarlos. Cuando se vive en pleno divorcio con el espíritu es sin duda difícil comprender el alcance de los sueños, los cuales requieren la participación de conocimientos que deslinden toda posibilidad de incurrir en interpretaciones absurdas de los mismos.

Las imágenes que aparecen en los sueños vibran en el tiempo; en ese tiempo que no se mide por horas. No es forzoso que aquéllas reproduzcan hechos ocurridos ayer u hoy; pueden revivir hechos acaecidos diez años antes, o mucho más lejanos. Se trata a veces de imágenes que permanecen a través de las épocas en lo traslúcido de la conciencia proyectando un hecho vivido, un instante de placer, un deleite imaginado, un temor, un episodio doloroso, etc. El espíritu reproduce oportunamente en el ser tales imágenes mediante la facultad de soñar; y lo hace para que éste pueda alcanzar la noción clara de una realidad o verdad que necesita conocer, cuya obtención le resultaría difícil sin ese recurso.

Existen sueños donde las imágenes se revisten de formas simbólicas, cuya interpretación obliga a una investigación laboriosa y profunda. En estos casos se revela la importancia del conocimiento

trascendente, al brindar las claves analógicas que no sólo ayudan a descifrarlos, sino que favorecen el aprovechamiento de su contenido como recurso orientador para la vida. Es asimismo notoria la participación que asume aquí la sensibilidad como fuerza inductora capaz de orientar a las mismas facultades de la inteligencia en la interpretación de lo soñado. Veamos este caso. Una persona que se propone sobrellevar con éxito serias dificultades que la amenazan se ve de pronto en sueños navegando en un mar proceloso. La frágil barquilla que la conduce, azotada por el temporal, termina por zozobrar. En tan crítica situación recuerda que no sabe nadar, pero a la vez advierte que no siente miedo; su cuerpo flota y resiste fácilmente las embestidas del mar. Acto seguido nota que le está sucediendo algo sumamente peligroso, al sentirse atraído fuertemente hacia el fondo del mar por alguien que, a punto de ahogarse, se aferra de sus ropas. En un primer instante se considera perdido, mas recuerda a tiempo que cuenta con recursos para hacer frente a la emergencia y, tras un esfuerzo extremo, se siente de nuevo a flote sobre las aguas y, por último, pisando tierra firme. Al despertar conserva una sensación grata, de profundo alivio.

No será difícil hallar la relación que guarda este simbólico sueño con las preocupaciones del protagonista. Tras este primer paso y teniendo en cuenta el asesoramiento sensible antes mencionado, sobrevendrá la justa interpretación y el posterior aprovechamiento del elemento soñado. Dicho aprovechamiento consiste en prevenirse contra posibles acontecimientos adversos y en la buena captación del recurso ofrecido para sobrepujarlos, el cual se hallará en el uso oportuno de los medios que brinda el propio espíritu para sobrevivir a cualquier dificultad o catástrofe, por seria que fuere.

Nos ocuparemos ahora de los sueños de efectos deslumbrantes en los que el ser físico experimenta las delicias de un transporte no común. Generalmente se ve actuando como si hubiera escalado jerarquías prominentes o disfrutando de conquistas largo tiempo esperadas; el espíritu suele enaltecer entonces los pensamientos que definen las aspiraciones del ente físico. En la sutil trayectoria de esas visiones, hace resaltar expresamente la belleza de las imágenes que las integran para que el ser físico pueda conservar luego las sensaciones más inefables de lo que ha soñado. Su finalidad, fácil de captar, no es otra que la de promover el traslado a la vida de aquello que

el ente físico haya logrado retener de sus sueños, constituyendo sus fragmentos el eje y estímulo de todos sus esfuerzos por realizar el noble objetivo que vibra en ellos.

Muchos creen inalcanzables tales objetivos por conceptuarlos más allá de sus posibilidades —algo así como el velo de la reina Mab— sin pensar que todo es posible al hombre cuando se habitúa al mundo de los conocimientos que deben fundamentar específicamente cada una de sus realizaciones.

La creencia de lo inalcanzable la vemos patente en ciertas exclamaciones de placer, admiración, felicidad o dicha intensa, tales como «¡Parece un sueño!», «¡Si creí estar soñando!», «¡Esto sólo se ve en sueños!», que definen expresivamente cuanto parece estar al margen de las prerrogativas humanas. El individuo es el primer extrañado de lo que está viviendo, con lo cual tácitamente reconoce que la felicidad vivida o experimentada en sueños excede la que deriva de los acontecimientos gratos promovidos en su vida diaria. Esto significa que ciertas vivencias son consideradas por el hombre fuera de lo común y de una elocuencia tal que exceden los límites de lo imaginado, experimentando la sensación de que esos

momentos extraordinarios de su vida lo sustraen de sus percepciones inmediatas. Es innegable que entre el sublime arrobamiento originado por los sueños y el que promueve la realidad cotidiana existe una notable diferencia: en los sueños es el espíritu quien hace que la sensibilidad experimente el embeleso; en la realidad cotidiana, salvo los casos en que el espíritu ha entrado a participar de la vida del ser, ese hecho se debe tan sólo a la exaltación de los sentidos.

Más de una vez hemos podido observar que el espíritu mueve la facultad de soñar en momentos muy especiales de la vigilia; momentos a los que se ha denominado «ensueños», donde los pensamientos se remontan fugazmente a otros planos y nos deleitan en la contemplación de primorosas abstracciones. El padre que deja correr el pensamiento en alas del ensueño llevado por el anhelo de salud para su hijo enfermo; el ser que se abisma en la contemplación del infinito, ansioso de descubrir qué hay más allá del afecto terreno, ¿no pierden uno y otro de vista todo lo que físicamente los rodea para sumirse en lo que constituye el fondo de sus pensamientos? En ese estado de abstracción, ¿no escapan ambos de

toda sensación física para vivir ese breve instante de arrobamiento, atraído uno por lejanas esperanzas y por recónditas reminiscencias el otro? Sus ojos físicos nada ven; pueden desfilan ante ellos muchas cosas sin que nada interrumpa la imagen que los absorbe, porque la vista toma en esos casos otra dirección; se mantiene estrechamente unida al pensamiento. Pues bien, el hecho se ha producido aquí a instancias de un fuerte anhelo, de un querer profundo del ser, y el espíritu ha respondido mediante el ensueño, a través del cual la mente puede llegar a nutrirse de elementos ajustados a su devenir y destino.

Se infiere de todo lo expuesto que a pesar de no existir en el hombre verdadera preocupación por conocer su espíritu y sellar su unión con él, éste trata en toda oportunidad propicia de alentarlos, de protegerlos, de servirles en muchos trances difíciles y evidenciarlos en significativas circunstancias que es él, únicamente él, quien se manifiesta e interviene indirectamente, como en los casos señalados. Lejos de ser una creación quimérica, el espíritu, tan real como el ser físico, siente y experimenta, lógicamente al igual que aquél, las sensaciones y demás hechos que ocurren en su vida. No le asom-

bra lo que el hombre hace o deja de hacer en el plano material o físico donde actúa, pero siempre, mientras vive, vela por él y lo asiste de múltiples formas para que no abuse de sus prerrogativas y conserve, si no el recuerdo, por lo menos la sensación de su origen extraterreno.

XXI

**¿CÓMO PUEDE EL HOMBRE
SER ESPECTADOR CONSCIENTE
DE SUS SUEÑOS?**

La Logosofía responde a esta pregunta con una afirmación categórica, pero hace la salvedad de que para ello debe el hombre realizar el proceso de evolución consciente, porque la conciencia no puede actuar en los sueños si no está previamente adiestrada y munida de conocimientos esenciales, que la habilitan para cumplir esa función. Honesta y sensatamente no puede concebirse que el ser humano busque tan sólo por curiosidad o por simple especulación conocer semejante secreto reservado únicamente a los que, en posesión del mismo, jamás lo usarían con fines mezquinos, de los que no está exenta la vanidad personal. Los conocimientos adquiridos por medio de la evolución

consciente implican una responsabilidad imposible de eludir; el carácter insobornable de la conciencia lo impediría.

Vamos a explicar, no obstante, el mecanismo por el cual es posible franquear, con la cautela debida, las puertas que dan acceso a ese hermético secreto, uno de los tantos que el hombre no ha logrado develar todavía.

Comenzaremos por llamar la atención acerca de un hecho relativamente frecuente en la vida de muchas personas, del que no se ha extraído conclusión alguna. Nos referimos al «entresueño», trivialmente soslayado a menudo por no concedérsele la menor importancia. El entresueño es un estado en el que se experimenta el sopor previo al acto de dormir y en el que actúan los sentidos. Pero la acción de estos últimos no es ahora continua como en la vigilia, sino alternada, ya que por momentos vuelven fugazmente a la percepción sensorial, para sumirse de nuevo en la penumbra mental. Se tiene la sensación de dormir aunque no del todo, pues se percibe lo que sucede en torno; los ojos se abren y ven con sólo quererlo.

Ahora bien, en ciertos casos el entresueño se prolonga por la resistencia que alguna excitante

preocupación opone a la necesidad fisiológica del descanso corporal. A causa de ello, la facultad de pensar o la de imaginar suelen mantenerse activas luchando por sobreponerse al adormecimiento; otras veces son los pensamientos los agentes mentales que prolongan la vigilia para dirimir alguna situación difícil, a la que no se le halló solución. Como consecuencia de ello se produce una excitación cerebral y nerviosa que en modo alguno propicia el relajamiento necesario al acto de dormir. Recién cuando concluye esa actividad mental por haberse agotado la carga energética que la sostenía, el ser duérmese al fin, ajeno por completo al mundo en que vive.

Lo importante aquí es determinar que el entre-sueño se consuma en esos instantes fugaces en que la actividad de las facultades mentales o la de los pensamientos aparecen interfiriendo el intento de dormir, en modo que por momentos se piensa y por momentos se duerme, llegando a confundirse las imágenes de uno y otro plano.

Cuando el hombre realiza el proceso de evolución que preconiza la Logosofía y alcanza ya ciertos estados de conciencia avanzados, puede

ensayar con éxito el autodomínio consciente de esos instantes en que aparece el sueño interfiriendo la actividad mental que mantiene en tensión los sentidos. El entresueño puede llegar de ese modo a constituirse en un medio de dirigir conscientemente las alternativas del sueño.

Observar y vigilar con plenitud de conciencia lo que sucede en el curso del entresueño, con dominio suficiente para sustraerse a la acción de los sentidos, vale decir, con abstracción total de las sensaciones externas, hace explorar desde allí las regiones del sueño y enfocar en ellas el impulso de la voluntad.

Tales ensayos llevan a conocer gradualmente cómo funciona la mente durante el sueño, o sea cuando el espíritu usa la facultad de soñar. Quien lo ha conseguido sabe que cuando hace reposar su cabeza en la almohada deposita sobre ella un tesoro; sabe que antes de dormirse debe aquietar su mente para que la facultad de soñar actúe sin trabas; sabe asimismo colocarse en el estado más inefable para que nada perturbe la labor que va a desarrollar esa facultad con la cual trata de familiarizarse. Ha logrado reunir, en una palabra, un conjunto de útiles recursos que no sólo le per-

mitirán brindar su concurso a la facultad de soñar, sino también confiar en el poder realizador de la misma en tanto espera de ella la respuesta al íntimo llamado que sin duda hará resplandecer con mayor fulgor su inteligencia.

El buen funcionamiento de los sistemas que configuran la psicología humana es de capital importancia para retener con limpidez la visión de la actividad desplegada bajo la influencia de la facultad de soñar. No ha de resultar difícil aceptar ahora que si una agilización mayor de las facultades de nuestra mente aumenta nuestra eficiencia en las actuaciones que desarrollamos durante la vigilia, también ha de favorecer el mejor desempeño de dichas facultades durante el sueño.

Ya hemos dicho que la sensibilidad suple en buena parte el recuerdo borroso de lo soñado, por las sensaciones que el ser conserva cuando despierta. Pues bien, organizado convenientemente el sistema sensible, lógico es que tales sensaciones sean más nítidas y precisas, sobre todo si pensamos que a su mejor funcionamiento se asocia el sistema mental con sus facultades en franco desenvolvimiento, de lo que resulta una eficiencia mayor de los mismos durante el sueño. Se infie-

re, pues, que mediante el proceso de evolución consciente los sueños se tornan más claros, más tranquilos, más reales.

Cuando las facultades de la inteligencia actúan durante la vigilia en su verdadera función consciente, o sea cuando los tres sistemas que constituyen el ser psicológico se regulan armónicamente, el espíritu impera en la vida del ser. La facultad de soñar, que hasta entonces sólo operaba mientras éste dormía, puede ahora prolongar su acción incluso durante la vigilia, proyectando las imágenes vividas durante el sueño. Vale decir que el individuo tiene acceso a la facultad de soñar, la cual responde dócilmente al mandato de la inteligencia. Esta facultad, a la que llamaremos también «facultad clave», ha logrado sincronizar los dos movimientos mentales, soñar y estar en vigilia. Se ha producido un entendimiento, una correspondencia entre el ente físico y el espíritu, quien, libre ya para usar las facultades de la mente y demás sistemas durante la vigilia, permite a su vez al ente físico recordar cuanto acontece mientras se halla bajo el influjo de la facultad de soñar.

Permítasenos ahora volver a lo que dijimos al comienzo de este capítulo. Todo lo que el hombre

indague acerca de su espíritu tratando de descubrir en qué consiste su actividad y forma de manifestarse, no deben ser hechos aislados, motivos de curiosidad que a nada conducen, sino el conjunto de una serie de observaciones y comprobaciones como las que promueve el proceso de evolución consciente. Esta formalidad subjetiva acentuará en cada fase del mencionado proceso las posibilidades de penetración del propio entendimiento. Sólo así podrá incorporarse a nuestra herencia consciente el fruto irreversible del saber logrado, siendo ese saber precisamente el que forja las bases graníticas de nuestro destino.

Alcanzar el manejo consciente de la facultad de soñar implica haber alcanzado uno de los más grandes triunfos evolutivos reservados al hombre: la integración del ser psicofísico con su espíritu.

Con esto cerramos también el interrogante que abiera Aristóteles hace dos mil cuatrocientos años al preguntarse cómo el espíritu puede unirse al cuerpo.

PALABRAS FINALES

Las grandes verdades tienen su expresión más sublime en la exacta dimensión de sus proyecciones cósmicas, en la sabiduría infinita de sus contenidos universales y en su inefable simplicidad.

La concepción logosófica funda sus preceptos en ese orden trascendente e inalterable, y es por tal razón que los conocimientos que difunde abren surcos profundos en el alma humana, desarraigando la yerba mala de la superstición y la credulidad para que brote lozano y florezca el cereal de la vida, libre de toda contaminación nociva.

Ningún ser humano en quien el espíritu haya dejado de ser un mito para constituirse en fuerza ejecutora de los designios de su propia existencia dejará de reconocer el inmenso bien que tales designios le deparan. Ya no será más el hombre con resabios de salvaje, el ignorante de sí mismo, paria

de la verdad y del bien, porque habrá consumado a través de su gesta evolutiva el alto contenido de la emancipación consciente de su espíritu.

Cuando el espíritu reine en cada hombre, cuando deje de ser un ente abstracto para convertirse en una presencia viva de su existir humano, todo cambiará fundamentalmente para su bien en el seno de la especie. Sólo entonces el hombre podrá captar y realizar su gran cometido con plena conciencia de su responsabilidad ante Dios y ante sí mismo.

El reinado del espíritu entre los hombres será entonces el reinado de la comprensión, de la tolerancia, del orden y de la verdad misma. Mas no sobrevendrá de un día para otro; habrá que luchar antes infatigablemente con la convicción plena del triunfo final. El hombre engañado, el que padeció la iniquidad de una servidumbre mental y moral injustificable, sacudirá en tanto el yugo de su tremenda desdicha y se unirá a las huestes que marcharán victoriosas por todas las sendas del mundo pregonando esta verdad que hará libres y conscientes a los seres de su gran cometido humano, espiritual y eterno.

ÍNDICE

Advertencia	7
Introducción	11

Primera Parte

EL ESPÍRITU

TRES INTERROGANTES PREVIOS	21
CAPÍTULO I – Origen de las inquietudes espirituales	23
CAPÍTULO II – El conocimiento trascendente	33
CAPÍTULO III – Enigma-génesis de la ascendencia de la especie: el 4 ^o reino	39
CAPÍTULO IV – Concepción logosófica de Dios	45
CAPÍTULO V – El mundo metafísico	51
CAPÍTULO VI – El hombre y sus dos naturalezas	57
CAPÍTULO VII – Determinación y esquema del alma	63
CAPÍTULO VIII – Esquema del espíritu como agente natural de enlace entre el hombre y el Creador	67

CAPÍTULO IX	– Cómo se opera el acercamiento y contacto con el espíritu	75
CAPÍTULO X	– Articulación del mecanismo psicoespiritual humano	83
CAPÍTULO XI	– Acontecer del espíritu en la infancia y en la adolescencia	89
CAPÍTULO XII	– Algo importante relativo a la herencia, que concierne también al destino del hombre	105
CAPÍTULO XIII	– Leyes universales	115
CAPÍTULO XIV	– La herencia que el espíritu recoge y lleva como carga o deuda agobiante	121
CAPÍTULO XV	– El auxilio de Dios llega al hombre únicamente por vía del espíritu	131
CAPÍTULO XVI	– Autonomía del espíritu	135
CAPÍTULO XVII	– Desintegración del espíritu por inercia	143
CAPÍTULO XVIII	– Rumbos equivocados	153
CAPÍTULO XIX	– Del descanso eterno	159

Segunda Parte

LOS SUEÑOS

CINCO INTERROGANTES PREVIOS	165
CAPÍTULO XX – El espíritu como factor determinante de los sueños	167
CAPÍTULO XXI – ¿Cómo puede el hombre ser espectador consciente de sus sueños?	185
PALABRAS FINALES	193

SEDES CULTURALES DE LA FUNDACIÓN LOGOSÓFICA EN EL MUNDO

ARGENTINA

Ciudad de Buenos Aires

Av. Coronel Díaz 1774 - Palermo
Tel.: (+54) (011) 4824-4383 / 4822-1238

Av. Cabildo 3846 - Belgrano
Tel.: (+54) (011) 4772-1252

Buenos Aires

Alvear 630 - Piso 2º 10 - Quilmes
Tel.: (+54) (011) 4224-5678

Matheu 3360 - Mar del Plata
Tel.: (+54) (0223) 15-497-4262

Córdoba

Sucre 373 - Ciudad de Córdoba
Telefax: (+54) (0351) 421-6597

Entre Ríos

9 de Julio 23 - Paraná
Telefax: (+54) (0343) 431-2303

Santa Fe

Santiago 710 - Rosario
Telefax: (+54) (0341) 425-8610

Mendoza

Cnel. Olascoaga 730 - Ciudad de Mendoza
Tel.: (+54) (0261) 429-2520

Jujuy

Balcarce 340 - Piso 1º Of.: 2 - Ciudad de Jujuy
Tel.: (+54) (0388) 422-4787

BRASIL

Distrito Federal

SHCG/NORTE - Quadra 704
Área de Escola - Brasília
Tel.: (+55) (061) 3326-4205

ESPAÑA

Barcelona

Comptes del Bell-lloc, 133 - Entlo. 4º - Les Corts
Tel.: (+34) 93 490 21 72

ESTADOS UNIDOS

New York

304 Park Ave. South, 11th Floor
New York, NY 10010
Tel.: (+001) (212) 590-2307

Florida

2640 Hollywood Blvd., Suite 112
Miami - Hollywood, FL 33020
Tel.: (+001) (954) 894-0936

MÉXICO

México

Huatusco, 35 Planta Alta - Colonia Roma Sur
Tel.: (+52) (5) 5584-6836

URUGUAY

Montevideo

Av. 8 de Octubre 2662 - Gerardo Grasso
Tel.: (+598) (2) 480-0710

Nueva Helvecia

Luis Dreyer entre Colón y Guillermo Tell.
Tel.: (+598) 099 948 552 / 099 524 445 /
094 406 021

Paysandú

Bolívar 1251 Esq. Montecaseros - Paysandú
Tel.: (+598) 72-33403 / 72-41849 / 72-26289

Salto

Tel.: (+598) 73-33512, 073-21841

VENEZUELA

Caracas

Av. Libertad, entre Palmas y Acacias
Ed. YETESA, Of.: 1-B1 - La Florida
Tel.: (+58) (212) 882-5579

Consulte por otras Sedes Culturales en el mundo en: www.logosofia.org

